

CRISTIANDAD



48 RAZON DE ESTE NUMERO

Se ha celebrado ya la festividad conmemorativa de Santo Tomás, el Doctor de las Escuelas. Y este número, aunque no de una manera directa, está dedicado a él. La filosofía tomista que en el siglo XIII constituyó la coronación, la plenitud, el máximo esplendor de la Escolástica, fué abandonada con el Renacimiento y luego tachada de anticuada. Sin embargo la verdad trasciende las fronteras del tiempo y el tomismo, en el siglo XIII como hoy, tiene la vigencia

que la posesión de la verdad le proporciona.

En el siglo pasado, cuando se habían exprimido las más tremendas consecuencias de las doctrinas cartesianas, unos cuantos filósofos con clara visión de lo que significaba esta corrupción en las ideas, clamaron por un regreso a Santo Tomás, regreso que propugnaban como un requisito previo para todo verdadero progreso en las ciencias. Había que volver ha tomar la senda recta, pero desde el principio, para no correr el riesgo de desviaciones y espejismos peligrosos.

De esta manera se inició la Restauración de la filosofía en el seno de los principios escolásticos que Santo Tomás, sobresaliendo entre todos, había desarrollado genialmente.

La neo-escolástica, consagrada ya en la Encíclica «Aeterni Patris», de León XIII, germinó y se extendió por todos los ámbitos, preparando los espíritus para que hoy, con un impulso y un entusiasmo digno de los predecesores, se lleve adelante y cristalice en una madurez. Tal Restauración de la filosofía constituye una tarea necesaria y urgente para la época actual que pide anhelante una doctrina segura donde anclar sus inquietudes ideológicas y prácticas.

CRISTIANDAD, ocupada preferentemente este año con cuestiones vinculadas al siglo XIX, dedica el presente número a explicar y poner de relieve el esfuerzo de aquellos pensadores ochocentistas que hicieron posible la aparición y el triunfo de la Neo-escolástica.

El Editorial, con el título **Los orígenes de la Neo-escolástica** trata del «clima» ideológico del cual surgió aquel movimiento filosófico y de las infiltraciones liberales en el pensamiento católico, cuyo resultado ha sido el modernismo.

La primera parte del número lleva como título general **La búsqueda de un fundamento ideológico sólido para la civilización moderna** y en ella se incluyen, introducidos por unos fragmentos de Menéndez y Pelayo que titulamos **Un golpe mortífero para la cultura española** (pág. 114), los siguientes artículos: **España y los primeros pasos de la Neo-escolástica** (págs. 114 y 115) por José M.^a Velez Cantarell, que trata de la Neo-escolástica en España. La expulsión de los jesuitas de nuestra patria debilitó la fuerza que aquel movimiento podía haber adquirido en España, de lo cual se benefició en gran manera Italia, donde sobresalieron las figuras principales del Renacimiento escolástico. A tratar de esto se dedica el segundo artículo debido a Francisco Canals que se titula **El neotomismo italiano en la restauración escolástica** (págs. 115 y 116).

A continuación sigue un artículo por Jaime Bofill titulado **También Francia participó en la Neo-escolástica: La aportación del P. Ramière** (págs. 117 a 119) donde como ya se pone de manifiesto en el título, se reivindica para Francia, en la figura del P. Ramière, un lugar en la aportación al movimiento filosófico que estudiamos.

Finalmente un artículo titulado **Aspecto polémico del renacimiento escolástico-tomista** (págs. 120 a 123) por Francisco Hernanz, esboza un estudio de la controversia de los principales neo-escolásticos italianos con aquellos otros filósofos que pretendiendo una restauración filosófica en el seno de la Iglesia católica, sin embargo no supieron acudir humildemente a la fuente que les ofrecía el remedio seguro.

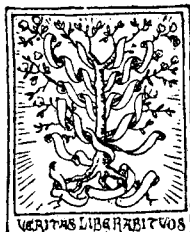
Cierra esta primera parte del número el **Grito de triunfo** de los neo-escolásticos cuando ya se había obtenido la victoria. Está tomado de las «Instituciones filosóficas» del P. Liberatore.

La figura de Jaime Balmes bien merece un número entero y CRISTIANDAD piensa dedicárselo cuando llegue la ocasión. Sin embargo no puede hablarse de la Neo-escolástica sin citar siquiera su nombre. En la pág. 128 ofrecemos unos fragmentos de Balmes hablando de Santo Tomás y de Fray Norberto del Prado hablando de Balmes, con el título **Balmes, tipo de filósofo cristiano**.

Completan el número, en la sección «Nova et vetera», unos fragmentos del escritor inglés Hilaire Belloc, que poseen viva actualidad; llevan por título **La restauración de la Cristiandad** (págs. 126 y 127). Y en la sección «A guisa de tertulia» un artículo de Font y Rius titulado **Un rasgo delicado de la caridad cristiana medieval: La dotación de doncellas pobres** (págs. 129 a 131).

Finalmente en la Sección «A la luz del Vaticano», el **Comentario internacional** por J. O. Cuffi Canadell titulado **Los agobiantes problemas de la hora presente** (págs. 132 a 134) y el acostumbrado **Noticiero quincenal**.

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday



CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

SUSCRIPCIÓN:

Anual 48'00 ptas.

Semestral . . 24'00 "

Número ordinario: 2'50 ptas.

Nota de la Administración

Próximo a aparecer el índice de los números publicados durante el ppdo. año de 1945, nos complacemos en poner en conocimiento de nuestros lectores que podremos servirlo a los que lo soliciten, así como nos encargaremos de la encuadernación de los ejemplares de dicho año, al igual que se hizo con los de 1944.

La Administración

MISIONES DOMINICANAS

REVISTA
MISIONAL
ILUSTRADA

BENDECIDA

POR S. S. BENEDICTO XV, PIO XI y PIO XII

APARTADO, 10
A V I L A

CRISTIANDAD

NÚMERO 48 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448

BARCELONA

15 Marzo de 1946

Cruz, 1 1.º - Teléfono 25675

MADRID

Los orígenes de la neoescolástica

Todo el mundo sabe hoy en día lo que es la neoescolástica: un movimiento filosófico iniciado en la primera mitad del siglo pasado, y consagrado definitivamente por León XIII con su Encíclica Aeterni Patris, que se propone restaurar la filosofía tradicional, inspirada principalmente en Santo Tomás de Aquino.

La situación filosófica que motivó su aparición era la siguiente: por una parte mientras que los perniciosos sistemas del sensismo anglo-francés y del idealismo alemán dominaban en Europa, los que pretendían defender la verdad lo hacían a menudo excogitando doctrinas tales como el ontologismo o el tradicionalismo filosófico cuyos principios y conclusiones la Iglesia de ninguna manera podía admitir; a pesar de la buena fe de muchos de sus cultivadores que no dudaban invocar en su apoyo al mismo Doctor Angélico cuando lo estimaban conveniente.

Era preciso, por consiguiente, defender a la Iglesia con armas mejores, y para ello urgía ante todo profundizar de nuevo en la escolástica en general y en la doctrina de Santo Tomás en particular para descubrir sus principios fundamentales; y como el móvil que impulsaba a hacerlo no era meramente especulativo, frío, sino práctico y sentido, por esto la neoescolástica juntó una extraordinaria vitalidad a la mayor dignidad científica.

El apoyo pontificio acabó de asegurar su triunfo. El cartesianismo y el ontologismo fueron eliminados completamente de las escuelas católicas, y su pensamiento filosófico volvió a entroncarse con nuestras mejores tradiciones.

Sin embargo el espíritu moderno, que en el orden político ha dado lugar al liberalismo, logró viciar también extensas zonas de la filosofía católica renaciente: el resultado de esta infiltración ha sido la herejía modernista.

El modernismo es fruto de una actitud imprudente, que podría definirse así: mirar con respeto y aprecio el pensamiento heterodoxo: o si se prefiere, considerar que, por encima de las diferencias religiosas, y olvidando que en esta materia la neutralidad es imposible, nos unen con los herejes formas comunes de civilización y de cultura, que es preciso, por lo mismo, cultivar también en común.

El modernismo admitió la hipótesis de que árboles malos podían dar frutos buenos; interpretó seguramente como un consejo de tolerancia hacia las doctrinas de los enemigos la consigna de León XIII "vetera novis augere et perficere"; procedió, por un falso concepto de objetividad, a alabar sobremedida a los pensadores no católicos; se olvidó, en definitiva, de que el cristiano, lo mismo el intelectual que el hombre de acción, ha nacido para la lucha: "sunt autem christiani ad dimicationem nati", y que por consiguiente ha de estar en todo momento sobre las armas; y aquellos que sin duda habrían sabido resistir a la fuerza, sucumbieron lastimosamente ante la astucia.

Este peligro de mundanización del pensamiento católico, en una forma u otra, será siempre real y actual mientras no hayamos conseguido adueñarnos de nuevo del campo; por eso el ejemplo de los iniciadores del movimiento neoescolástico seguirá siendo actual también, hasta tanto que no se haya logrado este magnífico objetivo.

Y el ejemplo de este puñado de valientes parece que puede resumirse así: profundizar cada vez más en el conocimiento de nuestras doctrinas sin dejarse deslumbrar por el falso brillo de las adversas; y obrar constantemente por celo de la verdad, por el deseo de servir a la Iglesia, sin dejarse seducir por falsas promesas de paz.

Tan sólo imitándolo contribuiremos eficazmente a curar a una sociedad que un espíritu no animado de una gran confianza sobrenatural estaría tentado de suponer, en algún momento, herida de muerte...



La búsqueda de un fundamento ideológico sólido para la civilización moderna

«Un golpe mortífero para la cultura española»...

El horror que produce en el ánimo aquel acto feroz de embravecido despotismo, en nombre de la cultura y de *las luces*, todavía se acrecienta al leer en la correspondencia de Roda y Azara las cínicas y volterianas burlas con que festejaron aquél salvajismo. "Por fin se ha terminado la *operación cesárea* en todos los colegios y casas de la Compañía" (escribía Roda a don José Nicolás de Azara en 14 de abril de 1767). "...Allá os mandamos esas buenas mercancías... Haremos a Roma un presente de medio millón de jesuitas"; y en 24 de marzo de 1768 se despide Azara: "Hasta el día del juicio en que no habrá más jesuitas que los que vendrán del infierno." Aun es mucho más horrendo lo que Roda escribió al ministro francés Choiseul, palabras bastantes para descubrir hasta el fondo la hipócrita negrura del alma de aquellos hombres, viles ministros de la impiedad francesa: "*La operación nada ha dejado que desear; hemos muerto al hijo, ya no nos queda más que hacer otro tanto con la madre, nuestra Santa Iglesia Romana.*"

En lo que han insistido bastante los adversarios de la expulsión, y será en su día objeto de historia particular, que yo escribiré, si Dios me da vida, es que aquella iniquidad, que aún está clamando al cielo, *fué, al mismo tiempo que odiosa conculcación de todo derecho, un golpe mortífero, para la cultura española*, sobre todo en cier-

tos estudios, que desde entonces no han vuelto a levantarse: un atentado brutal y oscurantista contra el saber y contra las letras humanas, al cual se debe principalísimamente el que España (contando Portugal) sea hoy, fuera de Turquía y Grecia, aunque nos cueste lágrimas de sangre el confesarlo, la nación más rezagada de Europa en toda ciencia y disciplina seria, sobre todo en la filología clásica y en los estudios literarios e históricos que de ella dependen. Las excepciones gloriosas que pueden alegarse, no hacen sino confirmar esta tristísima verdad. La ignorancia en que vive y se agita nuestro vulgo literario y político es crasísima, siendo el peor síntoma de remedio que todavía no hemos caído en la cuenta. Hasta las buenas cualidades de despejo, gracia y viveza que nunca abandonan a la raza, son hoy funestas, y lo serán mientras no se cierre con un sólido, cristiano y amplio régimen de estudios la enorme brecha que abrieron en nuestra enseñanza, primero las torpezas regalistas, y luego los incongruentes, fragmentarios y desconcertados planes y programas de este siglo.

Nada queda sin castigo en este mundo ni en el otro; y sobre los pueblos que ciegamente matan la luz del saber y reniegan de sus tradiciones científicas, manda Dios tinieblas visibles y palpables de ignorancia.

(MENENDEZ PELAYO. De los *Heterodoxos españoles*).

... del que se rehace a lo largo del siglo XIX gracias a unos hombres esforzados que, sintiéndose herederos de un pensamiento secular, se disponen a reconquistar para él, en lucha resuelta contra las tendencias de su época, la primacía que le corresponde.

España y los primeros pasos de la neoescolástica.

Tras el florecimiento ocurrido en tierras hispánicas durante el siglo XVI y buena parte del XVII, el pensamiento escolástico decae progresivamente hasta llegar a su casi total desaparición en los primeros años de la centuria pasada. Decimos casi total, porque aun arrastrando una vida lánguida, la filosofía tradicional seguirá enseñándose en algunos centros de estudios eclesiásticos.

La situación no era mejor en las otras naciones cuando, hacia la tercera década del siglo pasado, unos cuantos hombres clarividentes se dieron cuenta de que la solución a los grandes problemas especulativos y prácticos no estaba en el pensamiento moderno sino en los principios fecundos de la tradición. Urgía restaurarla y a ello consagraron sus esfuerzos. ¿Cuál fué la aportación de España a este movimiento restaurador?

1) Aportación indirecta

Hasta las investigaciones de Masnovo (1), se daba por bueno que el renacimiento escolástico italiano había sido algo completamente desligado de influencias exteriores. Sin embargo los estudios de dicho autor, del P. Dezza, S. I. (2) y

los trabajos recentísimos del P. Miguel Batllori, S. I. (3), han demostrado que Vincenzo Buzzetti, canónigo de Plasencia, a quien se tiene por el iniciador del movimiento, fué decisivamente influido por un jesuita expulso español: Baltasar Masdeu. Esto viene a confirmar las indicaciones de Menéndez y Pelayo sobre la importante labor cultural desarrollada por los religiosos españoles de la Compañía de Jesús expulsados de su patria. Indudablemente queda mucho por hacer en este campo, "el más desatendido —dice el P. Batllori— por los que han historiado la cultura española en Italia". "La cooperación —escribe el mismo autor— que al resurgir de la escolástica a principios del ochocientos aportaron los jesuitas expulsados de Portugal y España no podrá valorarse hasta que no se conozca a fondo el estado de la enseñanza filosófica en Italia en este aspecto tradicional y semioculto [y] las diversas tendencias de los expulsados..."

2) Aportación directa

La aportación directa a la restauración del escolasticismo está constituida por filósofos españoles que con sus obras contribuyeron a ella. Aquí nos sale al paso la gran figura de

(1) A Masnovo, *Il neot. mismo in Italia*, Milano, 1923.

(2) Dezza, S. I., *Alle origini del neotomismo*, 1940.

(3) Miguel Batllori, S. I., *Baltasar Masdeu y el neoescolasticismo italiano*, en *Analecta Sacra Tarraconensis*, 1943-1944.

Balmes; pero su excepcional significación exige más espacio del que podríamos dedicarle en esta visión de conjunto. En consecuencia, prescindiremos de la obra balmesiana limitándonos a presentar brevemente otros pensadores que en nada desmerecen de los Taparelli, Liberatore o Kleutgen.

Uno de los primeros, cronológicamente, es el P. José Fernández Cuevas, S. I. En el tomo II de sus "Philosophiae rudimenta ad usum academiae iuventutis" pone tres consejos para el estudio de la filosofía: "Praecipua ratio habeatur veterum scholasticorum... Adiungenda cognitio naturalium scientiarum... Nec omittenda lectio recentiorum" (4). Lo cual es una anticipación de las ideas fundamentales de la *Aeterni Patris*.

Junto a éste hay que situar al catedrático de la Universidad de Madrid Juan Manuel Ortú y Lara (1826-1904), ardiente polemista y defensor de la filosofía tradicional contra los krausistas y positivistas. No omitiremos tampoco el nombre del P. José Mendive, S. I. (1836-1906). Escribió dos Cursos de filosofía, uno en castellano y otro en latín, inspirados en Suárez. Entre estos iniciadores, sin embargo, los más famosos son el P. Juan José Urráburu, S. I. (1841-1904) y el Cardenal Zeferino González, O. P. (1831-1894).

El Cardenal González fué tal vez el más conocido en el extranjero de nuestros neoescolásticos de la primera época. Sus "Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás" y su "Filosofía elemental", escrita en latín, le muestran como un profundo conocedor del Angélico a quien fielmente sigue. Es el representante de la neoescolástica tomista. A él se debe también una "Historia de la filosofía", en cuatro tomos, de valor igual, por lo menos, al de muchas obras extranjeras ampliamente difundidas entre nosotros.

El P. Urráburu representa la tendencia suarista en la restauración española. Fué profesor en la Universidad Gregoriana y desempeñó cargos de gobierno dentro la Compañía. Gran admirador de Santo Tomás, recomendaba a sus discípulos el estudio de las obras del Angélico. Manteniéndose, no obstante, en una legítima libertad intelectual "consultaba —refieren sus biógrafos— con preferencia y especial cariño a Suárez, Lugo, Belarmino, Valencio y otros" (5). Sobre el carácter general de su espíritu, dice el P. Ibero: "No buscaba él su gloria personal ni pretendió trazar nuevos sistemas o derroteros a la ciencia filosófica. Se contentaba con entresacar lo más escogido y selecto de la doctrina evitando toda rareza y excentricidad no me-

nos que el espíritu combativo y descontentadizo que no deja en pie ninguna de las pruebas generalmente adoptadas" (6).

Su voluminosa obra "Institutiones Philosophiae" (8 tomos) publicada a fines del siglo pasado, fué así juzgada por el P. Carlos Delmas, S. I. en "Études religieuses" tomo 88 (7): "...es con mucho el más extenso tratado de filosofía tradicional publicado en nuestros días. El autor acude frecuentemente a las ciencias naturales, y no omite ni las cuestiones interesantes y útiles suscitadas por los filósofos modernos, ni la refutación de sus errores. Estos ocho volúmenes están destinados a ser una rica mina para el filósofo y el teólogo, el crítico y el erudito. Difícilmente se puede en otras obras adquirir más pronta y fácil noticia de las cuestiones propias de la filosofía tradicional".

La exactitud de este juicio se confirma al hojear las páginas de dicho tratado. Refiriéndose a la Lógica mayor, lo que hoy día llamamos Criteriología, dice el P. Eguía: "Puso especial empeño en determinadas cuestiones muy de la época. Así sobre el criterio de verdad, pugnó por cortar de una vez la discusión de si la evidencia, criterio de verdad, es la objetiva o la subjetiva, admitiendo por tal la objetivo-subjetiva. En la deducción de los principios supo dar el lugar que corresponde a la experiencia la cual lustra los conceptos para su inteligencia sin que por esto la adhesión del juicio se funde y apoye en la experiencia contingente y singular sino en la unión necesaria e identidad real de los conceptos ilustrada con luz propia". En las cuestiones de filosofía natural "exhortaba a sostener las posiciones tradicionales siempre que no las derribaran, como falsas, los hechos comprobados de la experiencia". Y el P. Ibero puntualiza: "Se esforzaba por armonizar con las ciencias físicas y químicas de su tiempo las tesis generales de la composición esencial de los cuerpos y las realidades accidentales de la cantidad y cualidad".

De cuanto llevamos dicho se desprende que España no estuvo ausente en los primeros pasos del movimiento restaurador de la filosofía perenne. La razón de que éste no produjera en nuestra patria, después de la Encíclica *Aeterni Patris*, los frutos magníficos que en otras naciones, habrá que buscarla tal vez en la triste situación porque atravesaron los estudios filosóficos durante la pasada centuria y primeras décadas de la actual. Afortunadamente los brotes aparecidos en este campo científico después de nuestra guerra de liberación permiten esperar un espléndido florecimiento del pensamiento escolástico español.

José M.ª Vélez Cantarell

(4) Ap. Dominguez, S. I., *Historia de la Filosofía*.

(5) Constancio Eguía Ruiz, S. I., artículo a propósito del centenario del nacimiento del P. Urráburu en *Estudios Eclesiásticos*, enero 1945, vol. 19, n.º 72.

(6) Citado por Eguía.

(7) Ap. Dominguez, obra citada.

No se estime desorbitada la importancia concedida a la expulsión de los Jesuitas españoles por Carlos III al tomarla como punto de partida para la exposición que nos ocupa. En efecto: en el solar italiano, donde la planta de la filosofía católica brotó con mas vigor, ellos fueron los que sembraron la semilla de la que dicha planta había de nacer. Bien pronto.

El neotomismo italiano en la restauración escolástica

En abril del año 1850, coincidiendo con el regreso a Roma del Papa Pío IX, después de la revolución que le había expulsado de sus Estados, aparecía en Nápoles una revista redactada por Padres de la Compañía de Jesús, y en cuya fundación había tenido la iniciativa el propio Papa; se titulaba "La Civiltà Cattolica" y trasladada en breve a Roma conseguiría pronto un prestigio destacadísimo. Es notable considerar las circunstancias del momento de su aparición y lo significativo del título que tomaba como bandera.

En Italia, como en toda Europa, la profunda Revolución de 1848 iba de vencida; atajados sus efectos más radicales, parecería a muchos que también se había frustrado en todas partes lo más substancial de los propósitos revolucionarios. Pero en la introducción del primer número de "La Civiltà" encontramos las siguientes palabras: "No sabemos si la tranquilidad que al presente goza Italia es la paz o una tregua. El que considere a qué elementos está condicionada la tranquilidad no podrá tenerla ciertamente por paz definitiva. Ha

sido conseguida con las armas y, asegurada con su dominio, no parece tener por ahora otra garantía"; y pocas líneas más abajo se anuncia el programa de la publicación: "Su principal intento será conducir de nuevo las ideas y el movimiento de la sociedad a aquel concepto católico de que parece haberse apartado desde hace tres siglos".

El instrumento que mantenía a la sazón el orden en Italia y había hecho posible el regreso del Sumo Pontífice a sus Estados era el ejército francés enviado por el entonces presidente de la República Luis Napoleón Bonaparte, futuro Napoleón III, considerado también en su patria como garantía de la salvación de la sociedad, por la fuerza, frente al socialismo de 1848. Pues bien, es digno de considerarse que aquel hombre a quien apoyaba el voto de la mayoría de los católicos franceses (incluso muchos legitimistas se lo habían otorgado) afirmaba en aquel mismo año que las elecciones que le habían elevado al poder "expresaban, como las de 1804, la voluntad de la nación de salvar por medio del orden los grandes principios de la Revolución francesa".

Los jesuitas redactores de "La Civiltà Cattolica", por el contrario, se proponían defender la acción de la Iglesia en la sociedad como la única salvaguardia de los grandes principios de la civilización cristiana, de cuyo mantenimiento se desprende como fruto el orden y el progreso social. Propugnaban, pues, una sociedad cristiana, la Cristiandad.

Muy pronto inició la revista un aspecto sustancial de esta tarea; no sólo cuestiones político-religiosas y sociales llenarían sus páginas, sino que se convertiría a partir de 1853 en órgano de difusión de la filosofía escolástica y en especial de la de Santo Tomás, como base del "progreso filosófico posible en el tiempo presente"; así se titula el artículo del P. Liberatore en que por primera vez anuncia aquel propósito; en él propugna la doctrina de Santo Tomás como la única que puede poner fin a la anarquía filosófica reinante y la sola bandera que puede unir a las inteligencias católicas en una tarea común. Durante cuarenta años este autor tuvo como tarea constante de su colaboración en "La Civiltà" la defensa de la escolástica.

Este entusiasmo por la restauración tomista era común a todos los primeros iniciadores de la publicación; así el Padre Curci, que desgraciadamente apostató después por oponerse a la actitud de Pío IX en la cuestión del despojo de su soberanía temporal; y el P. Taparelli. Su labor, que no era ya una cosa aislada, pues por aquellas fechas se iba abriendo camino la neoescolástica en Italia, tiene unos interesantes precedentes tanto más notables cuanto más se alejan de los tiempos en que se había ido preparando el ambiente y facilitando algo la empresa. En este sentido (teniendo en cuenta, además, que nunca se había extinguido del todo la pura ortodoxia escolástica ni aún en pleno siglo XVIII) debemos retroceder a los primeros años del pasado siglo y encontrar unos hombres que trabajando solitarios en ambiente adverso formaron o influyeron en la formación de los Liberatore, Prisco, Taparelli, Cornoldi. Los más representativos de esta época preparatoria son los hermanos jesuitas, Serafín y Domingo Sordi y el canónigo de Nápoles Cayetano Sanseverino.

El neotomismo placentino y napolitano

Por los años 1806 a 1826, enseñaba en el Seminario de Placencia un sacerdote, Vicente Buzzetti, cuya enseñanza difería notablemente de la que por aquel tiempo predominaba; en lugar de seguir, como muchos otros, las corrientes sensista o cartesiana, él era un ferviente y consecuente tomista. En otro artículo de este mismo número se habrá visto que a los jesuitas españoles desterrados les cabe la gloria de haber conservado la preciosa semilla del amor a la escolástica. Entre los discípulos que Buzzetti formó figuran los dos hermanos Sordi que habiendo ingresado, ya sacerdotes, en la Com-

pañía de Jesús, habían de ser los que desarrollarían en ella aquellas ideas fecundas.

El que más influyó de manera directa fué el P. Serafín Sordi; poco tiempo después de su entrada en la Compañía, en 1816, decidió con su ejemplo y enseñanza la orientación tomista de uno de los futuros redactores de "La Civiltà": Padre Taparelli. En largos años dedicados a la enseñanza, siendo después Provincial de Roma por los años en que iniciaba el P. Liberatore sus trabajos en aquella revista, influyendo por fin en la orientación filosófica del *Colegio Aloisianum*, donde se formaban los jesuitas de la Provincia Veneta, puede decirse que toda su vida estuvo dedicada a una fructuosa labor de propagación del neotomismo.

En análogo sentido se orientó la actividad de los Padres Domingo Sordi y Luis Taparelli entre los jesuitas napolitanos; del tiempo en que siendo este último Superior de la Provincia, de 1829 a 1833, consiguió imprimir a los estudios filosóficos una decidida orientación escolástica, proceden los Padres Curci y Liberatore.

En la misma ciudad de Nápoles un hombre que tenía que representar papel destacadísimo en la restauración escolástica, Cayetano Sanseverino, se convertía de ecléctico y cartesiano en fiel discípulo de Santo Tomás. A su iniciativa se debió la fundación, en 1841, de la revista *Scienza e fede*, y la creación en el Liceo Arzobispal de Nápoles, en 1847, de la Academia de filosofía tomista, formada por sacerdotes que por sus enseñanzas se habían consagrado al estudio de Santo Tomás y que sirvió de modelo a instituciones posteriores análogas. Entre los discípulos de Sanseverino figuran hombres de importancia excepcional en la difusión de la enseñanza escolástica, tales como José Prisco, más tarde Cardenal, y Salvador Tálamo.

El progreso de la neoescolástica

Al iniciarse la segunda mitad del siglo pasado el movimiento fué adquiriendo en Italia mayor amplitud y vigor. En 1850 se empezó a utilizar la *Summa Theologica* como texto de enseñanza en el Colegio Minerva de los dominicos, que también promovieron la edición de las obras completas del Doctor Angélico. En aquel centro docente se formó el Padre Tomás Cigliara creado también con posterioridad Cardenal y cuya *Summa Philosophica* (1876) habría de ser uno de los textos clásicos. La labor de las figuras representativas de la neoescolástica, antes nombradas, iba cristalizando en nuevas obras o ediciones renovadas de otras anteriores. Citemos las *Institutiones Philosophicae* del P. Liberatore, que editadas por primera vez en 1841 fueron modificadas en sentido de mayor pureza tomista en años posteriores (editadas once en 1854); los trabajos de Sanseverino, en especial la *Philosophia Christiana cum antiqua et nova comparata* (1862); los *Elementos de Filosofía* de Prisco. Estas obras fueron la base de la difusión de la filosofía tradicional en los centros eclesiásticos de Italia y las demás naciones.

Aparecía, pues, en esta época, una nueva generación de eminentes escolásticos, que enlazan aquéllos como primeros patriarcas del movimiento con el florecimiento del siguiente pontificado. Ciertamente que contemporáneos de éstos, otros como Tongiorgi y Palmieri se apartan de las doctrinas estrictamente escolásticas en puntos importantes; pero el núcleo de los fieles seguidores de la doctrina de Santo Tomás de Aquino permitiría años después al Papa León XIII conseguir que ocupasen las cátedras de los centros más importantes de enseñanza de Roma nombres de pura ortodoxia tomista. Mencionemos entre éstos al jesuita P. Cornoldi, que habiendo sido orientado hacia el tomismo por influjo en parte del P. Serafín Sordi había de difundirlo desde la Universidad Gregoriana.

También en esta época, a imitación de la Academia fundada por Sanseverino en Nápoles se iban creando otras con

el mismo fin. Con la finalidad de evitar el divorcio entre la filosofía tradicional y las ciencias físico-naturales se formó por el P. Cornoldi en 1874 la Academia Filosófico-Médica de Santo Tomás en Bolonia y sobre todo hay que destacar por lo significativa la fundación de una de estas asociaciones en el Seminario de Perugia por el entonces Arzobispo de aquella ciudad el futuro Papa León XIII, que no contento con promover la doctrina del Angélico solicitó de Pío IX la proclamación del Santo como patrono de la enseñanza católica.

La publicación de tratados clásicos de los más célebres restauradores y la creación de academias y asociaciones di-

rigidas al mismo fin fueron el instrumento de una difusión de la escolástica, causa de que al advenimiento de León XIII al pontificado estuviese ya preparado en cierto modo el terreno de manera que el acto pontificio de la Encíclica *Aeterni Patris* (1879) más que imponer autoritariamente venía a sancionar desde la cátedra de San Pedro un espíritu que desde largo tiempo había ido creciendo y fructificando providencialmente en la Iglesia. Los instrumentos de aquella obra fueron los precursores que años atrás habían sabido encontrar en la escolástica las soluciones de los problemas intelectuales e incluso sociales de los tiempos modernos.

Francisco Canals Vidal

... contó con la protección del Pontificado, con revistas dedicadas a su difusión, con el respeto de nuestros enemigos.

Ahora bien: Si la aportación hispánica; la italiana; la germánica de Kleutgen, por ejemplo, a la escolástica renaciente es ya conocida y reconocida de todos, suele en cambio negarse a Francia participación en los inicios de esta corriente que arrastrará a la Iglesia entera.

Esta opinión debe rectificarse. Aunque fuera tan solo, en efecto, por la prócer figura de ENRIQUE RAMIÈRE, es preciso afirmar que

También Francia participó en la iniciación de la neoescolástica: La aportación del P. Ramière ⁽¹⁾

Una súplica a León XIII del Instituto Católico de Tolosa

"Entre los principales beneficios que Dios Nuestro Señor ha otorgado a Francia, descuella la disposición de su providencia por la que mandó a Santo Tomás de Aquino a la Universidad de París para que desde allí difundiera los rayos de su celestial doctrina no tan solo por Francia, sino por todo el mundo católico.

"Y cuando, después de su muerte, diferentes regiones se disputaron el honor de guardar su santo cuerpo, de nuevo Francia, en la Universidad de Tolosa, recibió del Vicario de Cristo tan precioso tesoro. [...]

"Nosotros hoy, Santísimo Padre, acudimos a ti para suplicar de Tu Santidad la ayuda que permita a Nuestra Escuela recobrar su primitivo esplendor.

"Danos por Patrono aquel que en otro tiempo nos concedió Dios por Maestro: devuélvenos a Tomás, para que restaure en nuestras Universidades las antiguas tradiciones; para que nos enseñe a armonizar las disciplinas sagradas con las profanas, la filosofía con la teología, la física con la metafísica, el derecho eclesiástico y natural con el derecho civil.

"Aprendamos todos de él a unir el celo de la verdad con la dulzura de la caridad; las plácidas discusiones en lo dudoso con una firme unanimidad en lo necesario; el ardor en la disputa con el respeto a los contradictores...

"Todo esto nos será permitido esperar si Santo Tomás de Aquino es constituido por tu suprema autoridad, Patrono de las Escuelas católicas... Te rogamos encarecidamente que no vaciles en darnos, por medio de esta solemne proclamación, el auxilio de este poderosísimo protector.

"Y ¿cómo no conseguiríamos lo que te pedimos, si no pedimos otra cosa que lo que sabemos constituye uno de tus mayores deseos?"

Esta súplica —"Postulatum"— dirigida a León XIII por el claustro del Instituto católico de Tolosa tenía por inspirador a Enrique Ramière profesor, y en cierto sentido director de este centro. Estamos en 1878.

(1) Los datos históricos de este artículo están tomados de la obra *«Le Père Henri Ramière de la Cie. de Jésus»*, y son debidos al P. Blas Romeyer.

Hacia ya tiempo que nuestro Padre Ramière, (al que ninguno de los intereses de la Iglesia dejaba indiferente) andaba buscando la manera de restaurar en las escuelas católicas la tradición escolástica, por desgracia debilitada o perdida. Y ¿qué modo mejor para este fin que obtener del Papa la designación de Santo Tomás como Patrono de las mismas? El tomismo de León XIII era de todos conocido: esta súplica, por consiguiente, no podía dejar de satisfacerle. Con esta designación, a la par que se conseguiría del Santo su celestial auxilio, se propondría a los estudiosos el espíritu más universal en sus concepciones, el más enamorado de la verdad sola que fuera posible mostrarles como modelo de auténtica vida intelectual.

Ramière esperaba grandes bienes de esta designación. No ignoraba, en efecto, la virtualidad del ejemplo; no ignoraba la extraordinaria fuerza que adquiere una idea cuando se la muestra encarnada en un hombre que ha hecho de ella sangre de su sangre; cuando se consigue hacerla entrar por los ojos, revestida de formas que impresionen la imaginación, al propio tiempo que ella trata de penetrar en nuestra inteligencia.

El patronato de Santo Tomás, como medio para restaurar la unidad en la tradición

Y la idea que Ramière quería imponer a la atención de las Escuelas es la idea de la UNIDAD EN LA TRADICIÓN; unidad amplia, en la que todos encuentren cabida, bajo el patronato de un Santo verdaderamente universal.

Esta universalidad era necesaria; por haberla querido restringir a su particular modo de pensar algunos tomistas comprometieron, un año antes,

"...la causa del protectorado de Santo Tomás sobre las escuelas católicas. Esta causa marchaba muy bien; y el Cardenal Bartolini, que era su Postulador, tenía mucha confianza que la Sagrada Congregación de Ritos la aceptaría sin reparo, cuando una petición concebida en un espíritu demasiado exclusivo levantó una violenta agitación y motivó el abandono de la causa".

Así se expresaba el P. Ramière en una carta fechada en Roma unos meses antes de tomar posesión de su cargo docente en el Instituto Católico de Tolosa.

Lo transcrito basta para mostrar que Ramière, a la par que era un sincero devoto de Santo Tomás, concebía el tomismo del modo más lato posible: mucho más lato en verdad, de lo que lo entendía León XIII, recién subido al trono pontificio, y que estaba preparando, a la sazón, su Encíclica "Aeterni Patris" sobre el estudio de la filosofía (2).

Latitud de criterio del Padre Ramière, en su concepción del tomismo

La amplitud de criterio de Enrique Ramière era debida por una parte, a su formación suarista; por otra, al deseo de concordar la tradición con los progresos de la física y química de su tiempo, lo que le llevó al abandono de tesis tradicionales consideradas equivocadamente por él como de importancia secundaria dentro del tomismo: nos referimos, en concreto, a la teoría de la materia y forma, o "hilemorfismo".

Esta teoría (que para explicar *todas* las propiedades de los seres corpóreos estima necesario admitir en ellos un doble principio esencial: la *forma*, o principio activo, que da a cada uno su respectiva naturaleza; y la *materia* o principio pasivo) esta teoría tiene en el tomismo un doble fundamento: uno, metafísico, por ser un caso particular de concepciones más generales que no es preciso exponer aquí; otro, empírico, que es la existencia de transformaciones substanciales.

Todo movimiento o cambio, razona, necesita a la vez un elemento que permanezca: a saber, el sujeto del cambio, y un elemento que se modifique; sin uno y otro el cambio no es posible.

Mas hay dos clases de cambios: unos, no afectan al sujeto en su substancia misma: son los movimientos accidentales, como vgr., para un viviente el crecimiento.

Otros cambios, al contrario, afectan substancialmente al sujeto: son aquellos por cuya virtud una substancia se transforma en otra.

Pero si esto es así, si en realidad se dan transformaciones substanciales; si se generan substancias nuevas mientras que otras se corrompen, ¿cómo denominaremos al sujeto de las mismas, a su elemento permanente; y cómo a su elemento mudable?

El suarismo conserva a uno y otro elemento su nombre tradicional: llama "*materia*" al primero y "*forma*" al segundo. Lo que ocurre es que el suarismo, de hecho, *tan solo conserva al hilemorfismo este fundamento empírico*, y abandona las razones metafísicas de carácter más general que contribuían a apoyarla en la filosofía de Santo Tomás.

Ahora bien: *el campo de la experiencia pertenece, por derecho propio, a las ciencias particulares*; y por lo tanto, *una tesis que se fundamenta exclusivamente en ella puede legítimamente modificarse si los progresos de las mismas hacen entrever una explicación mejor*. El mismo León XIII lo reconoce en la Encíclica a la que hemos aludido.

Tal es lo sucedido, en la materia que nos ocupa, a juicio del P. Ramière: la química de su tiempo, al explicar con éxito las transformaciones de una substancia en otra como *combinaciones* diversas de substancias más simples, que se conservan en el compuesto desde el momento que pueden liberarse de nuevo por un procedimiento analítico adecuado, hacía parecer anticuada la teoría hilemórfica; *no había por consiguiente dificultad esencial alguna para abandonarla*.

Este alejarse de la tradición aristotélico-escolástica, ni que fuera en materia considerada como secundaria, producía, con todo, en el espíritu sensible de Ramière una impresión penosa. Así, cuando en medio de sus demás ocupaciones, una

(2) De la Encíclica "Aeterni Patris" me he ocupado yo mismo otras veces en CRISTIANDAD: vgr. en el artículo: "León XIII y la intelectualidad cristiana", n.º 10, p. 225.

nueva lectura de Aristóteles y de Santo Tomás le hace descubrir textos que le parecen contener, implícitamente, los puntos de vista adoptados por él, ya no vacila y se entrega al entusiasmo. Ya le será posible escribir sobre "*L'accord de la Philosophie de Saint Thomas et de la science moderne au sujet de la composition des corps*".

Desconfianza de León XIII

Este digamos "laxismo" filosófico del P. Ramière llegó a oídos de León XIII, a quien, lo presentaron como una solapada oposición a sus planes de restauración: por esta causa el Pontífice miraba a Ramière con desconfianza.

"Nos hemos sabido (escribía al P. Becke, general de los Jesuitas) que algunos Padres de la Compañía, por ejemplo el P. Ramière de Tolosa, se muestran contrarios a esta restauración de la ciencia filosófica y se oponen ocultamente a ella. La venida y larga residencia del P. Ramière a Roma en los últimos meses no es tal vez ajena a este propósito..."

En Italia, en efecto, algunos neoescolásticos participaban de su punto de vista sobre el hilemorfismo, en especial los Padres Tongiorgi y Palmieri: y Ramière los había defendido alguna vez con su impetuosidad habitual.

Mas en esta ocasión era bien ajeno a lo que sospechaba el Romano Pontífice: prueba, de ello es la súplica que, precisamente al regreso de este viaje, quiere elevar a sus augustos oídos para que Santo Tomás sea declarado Patrono de las escuelas católicas.

Así, cuando el P. General, a cuya aprobación sometió su proyecto, le notifica la mala impresión de que es objeto y le dice que, por esta razón, no mandará su documento a Roma, sino que hablará personalmente con el Romano Pontífice para mejor apoyarla a la vez que rebatir las acusaciones formuladas contra él, Ramière agradece profundamente la defensa que de su persona y actuación hace su General.

El General de los Jesuitas justifica al Padre Ramière

Los puntos principales de la "apología" de Ramière que hizo el P. Beckx son los siguientes:

1) Cuando en los Escolasticados de la Compañía se concedía demasiado al Ontologismo y al Cartesianismo, levantó su voz para preconizar el retorno a la filosofía escolástica. A este fin publicó su libro "*De la unidad en la enseñanza de la Filosofía en el seno de las Escuelas católicas*"; libro alabado, en su día, por la "Civiltà cattolica".

2) Al cabo de poco tiempo de su regreso de Inglaterra a Vals, la autoridad de Santo Tomás se restablecía de nuevo en este Escolasticado.

3) En el Concilio Vaticano, colaboró con el P. Kleutgen en la proposición de un "postulatum" para la condena del Ontologismo.

4) El en Concilio provincial de Puy, unos años después, propuso un decreto que tenía por fin imponer a los Seminarios de la provincia la doctrina y el método escolásticos: propuesta que fué aceptada en parte.

5) Siendo profesor del Instituto Católico de Tolosa acaba de tomar la iniciativa de una "súplica" de los Maestros para obtener del Papa que Santo Tomás sea declarado Patrono de las Escuelas católicas.

6) El P. Ramière se pregunta de dónde vienen las acusaciones de que ha sido objeto. ¿Tal vez de la posición adoptada por él en las controversias sobre el "hilemorfismo"? Había pensado que su posición, más fácilmente conciliable, a su parecer, con las ciencias modernas, era legítima en sí. Mas en esto como en todo está pronto a obedecer los deseos del Romano Pontífice.

Y en cuanto a su larga residencia en Roma, era debida a que le ha sido preciso esperar todo este tiempo para alcanzar las audiencias que deseaba.

Razón de la estancia del Padre Ramière en Roma

¿Qué cuestión quería resolver Ramière con estas audiencias? Algo bastante distinto, en efecto, de los proyectos que se le atribuían: obtener la aprobación de los nuevos Estatutos del Apostolado de la Oración.

No pensaría seguramente León XIII por aquel entonces que, veinte años más tarde, su Encíclica "Annum Sacrum", por la que consagrara todo el linaje humano al Corazón de Cristo (3), vendría a poner espléndido coronamiento a un movimiento universal de piedad y de fervor que se estaba iniciando, casi, con aquel viaje a Roma que excitaba su desconfianza... Mas esto es una historia distinta de la que nos ocupa, y por lo mismo no me corresponde contarla en este momento.

* * *

Volvamos a nuestro tema. El resumen que hemos transcrito de la intervención del P. Beckx en favor de Ramière nos lo hace conocer en un aspecto muy interesante de sus actividades filosóficas: como uno de los protagonistas de la querrela ontologista, en la que defendió denodadamente la posición escolástica. No menos vigor había desarrollado en la lucha contra el error opuesto a saber: el tradicionalismo filosófico: dueños del todo, casi, entre uno y otro, del pensamiento católico francés. (4).

También Francia participó, por consiguiente, en la iniciación de la neoescolástica

Me ha interesado aludir a una y otra querrela tan sólo para acabar de insistir en el hecho de que *nuestro Padre Ramière aparece entregado desde mediados del pasado siglo, a una intensa actividad en favor del movimiento neoescolástico*; actividades que atrajeron hacia su persona, dicho sea de paso, la consideración de hombres tan eminentes en su tiempo, como Gratry o el director de los "Annales de Philosophie".

Ahora bien: ESTE HECHO OBLIGA A MODIFICAR LA OPINIÓN CORRIENTE TODAVÍA DE QUE FRANCIA NO PARTICIPÓ EN LA INICIACIÓN DE LA NEOESCOLÁSTICA.

Francia tiene, al contrario, en la figura de Enrique Ramière, un representante ilustre entre los iniciadores del neoescolasticismo; cuya relevante personalidad intelectual debían respetar sus mismos adversarios.

Valor del Padre Ramière como filósofo

Quédanos por preguntar: ¿Cuál es el valor del Padre Ramière como filósofo?

A pesar de sus largos años de actividad docente en diversas disciplinas filosóficas, veo que a veces sus biógrafos le regatean este valor. Parecen creer que no merece este título quien no se aísla en su gabinete entregado a meditaciones abstractas; quien no se ocupa de la filosofía por la filosofía misma; quien aspira abrazar, con su mirada, la totalidad de los problemas que preocupan a la Iglesia, en vez de especializarse en algunos...

Si este es realmente su pensamiento, hay que concederles en efecto que el temperamento de Ramière no era en lo más mínimo de aquellos que la palabra "filósofo" suscita en su imaginación; mas yo pregunto: ¿se atreverán a sostener que hubiese sido tal el de Santo Tomás o de San Agustín? ¿Qué es lo que caracteriza al temperamento filosófico? ¿No es precisamente esta amplitud y precisión de pensamiento, unido

(3) Vd., entre otros, mi artículo «Oporto y Fátima» aparecido en el n.º 2 de CRISTIANDAD, p. 28; el de Domingo Sanmartí Font, en el n.º 6, p. 124; etc.

(4) En otra parte de este mismo número Francisco Hernández facilita algunos datos sobre el contenido de una y otra corriente filosófica.

al espíritu de síntesis y al amor a la verdad? ¿No es la busca y hallazgo de unos pocos principios fundamentales que sirvan de punto de mira para considerar la creación entera?

Poder de síntesis, amplitud de visión, tales son las dotes principales del pensamiento del Padre Ramière

Y ¿quién puede negar estas dotes, en el grado más eminente, a Enrique Ramière? No se especializó, en efecto, en los estudios más técnicos de metafísica o epistemología, a pesar de que el conocimiento que tenía de ambas disciplinas no era despreciable; ciertamente su espíritu se siente atraído por problemas más directamente relacionados por su contenido, sino por sus repercusiones, con la marcha de la Sociedad. Mas la manera ancha, segura, irrefutable, como va descubriendo, por ejemplo, las grandes leyes que rigen providencialmente el curso de la Historia en sus artículos del "Mèssager du Sacré Coeur", publicados después de su muerte bajo el título "El Corazón de Jesús y la divinización del Cristiano", ¿no demuestran un espíritu que reúne en grado excepcional los caracteres del filósofo?

El modo en extremo vigoroso y ceñido como en su "Soberanía social de Jesucristo" (5), descubre los principios en los que debe sentarse, en adelante, todo progreso de la Sociedad, y los obstáculos principales que se oponen a él, ¿no nos manifiestan un pensador profundo como pocos? ¿Qué otro escritor de nuestros días ha visto, como él, adoptadas oficialmente por la Iglesia sus intuiciones fundamentales? Necesidad de que el mundo reconozca de buen grado y de corazón la Realeza de Cristo, negada por el liberalismo: eficacia de la devoción al Corazón de Jesús para conseguir este triunfo de nuestro Rey; necesidad de considerar a la Iglesia, con mirada sobrenatural, como Cuerpo místico de Cristo. ¿No reconocemos todos en estas ideas las que ha tomado como centro de su doctrina la Iglesia de nuestros días? ¿Pueden encontrarse otras comparables con ellas en fecundidad y eficacia salvadora?

No ignoro que haber descubierto antes que nadie la importancia que estas ideas tomarían en la Iglesia es algo independiente del título filósofo; mas entonces, ¿qué apelativo va a convenirle? De la misma manera que estas materias trascienden los límites de la filosofía, trascienden también, en la forma en que él las propone, los límites de la historia. Y como no se pasó la vida, que sepamos, en un archivo, este segundo título tampoco debe, seguramente, convenirle. ¿Lo llamaremos teólogo? Se nos advierte que la especulación teológica no le interesó por sí misma, que no fué en este terreno hombre de ciencia pura: que sus condiciones denotan más bien al hombre de acción y al orador... Hay quien preferirá llamarle "periodista", dando a esta palabra el sentido un poco compasivo de quien tiene conocimientos generales de todo y no sobresale especialmente en ninguna...

* * *

Más bien me parece poder afirmar, al contrario, que el Padre Ramière sobresalió en todas: mas esto nos llevaría demasiado lejos. El presente artículo se proponía, tan sólo, dar a conocer a nuestros lectores un nuevo aspecto de nuestro Maestro: como devoto mismo de Santo Tomás y propagador de su doctrina; preocupándonos poco de poner una etiqueta a una personalidad tan rica como la suya, que desborda toda denominación que pueda incluir en su comprensión el menor matiz limitativo.

Jaime Bofill

(5) Esta obra, agotada en el mercado español, será reeditada, Dios mediante, por CRISTIANDAD, que ha reproducido ya fragmentos de la misma. Vd. por ejemplo, n.º 1, p. 28.

¿Qué es, qué pretende, el movimiento que reseñamos?
«Una insólita tendencia de los espíritus hacia la especulación filosófica se manifiesta universalmente, y todos claman por el perfeccionamiento de esa ciencia que entre las naturales tiene la

categoría de suprema. A esto se añade la persuasión, producida hasta en los más pertinaces, de la gran eficacia que tienen las ideas sobre el giro de la acción».

Por sus repercusiones en el terreno especulativo a la par que en el moral, no iba sin riesgo la restauración filosófica intentada. Nada lo manifiesta mejor que ver tropezar, apartarse del recto camino, a algunos que, imprudentemente, quisieron apoyarse en demasía en las fuerzas de su propio ingenio, en vez de humillarse a los pies de quienes la Iglesia de Cristo ha consagrado como Maestros suyos.

La neoescolástica, en efecto, tiene a su base la humildad. Mas dejemos ya la palabra a quienes supieron penetrarse de este espíritu para que ellos mismos nos expongan las luchas que sostuvieron:

Aspecto polémico del renacimiento escolástico-tomista

DIFERENTES SISTEMAS CON LOS MISMOS PRINCIPIOS

En el siglo pasado un autor de los que vamos a citar más a menudo en este artículo escribía:

“Una insólita tendencia de los espíritus hacia la especulación filosófica se manifiesta universalmente, y todos claman por el perfeccionamiento de esa ciencia que entre las naturales tiene la categoría de suprema. A esto se añade la persuasión, producida hasta en los más pertinaces, de la gran eficacia que tienen las ideas sobre el giro de la acción. Ya que si ésta ha derivado hacia una corrupción moral desenfrenada en los últimos tiempos hasta el punto de desear el derrumbamiento de las columnas mismas del orden político y religioso, no hay que culpar sino a las perversas doctrinas especulativas que se han divulgado impunemente por medio de la palabra y de la imprenta. De aquí viene el que la especulación abstracta negligida y escarnecida por muchos ha venido a ser honrada nuevamente, de modo que el moverse en las sublimes regiones de la metafísica no está ya considerado como ocupación estéril y de ociosos” (1).

Parece, pues, que en todas las épocas —también en la nuestra— se ha subestimado la importancia y la trascendencia que la meditación de un hombre puede tener en el curso de la vida de los demás.

Pero esas personas complicadas y extravagantes que son los filósofos han marcado indeleblemente la historia de la Humanidad con chispazos de genio brotando de su mente en la soledad de una meditación profunda. Cualquiera podría rastrear hoy las huellas de esos chispazos —digamos ideas— en la carne viva de los individuos y de la sociedad. La manera de expresarse de un intelectual en su tertulia y la del hombre de la calle quizá tienen algo que ver.

Si se conviene en que las épocas, las generaciones, tienen un modo de ser, este ser de ellas les viene dado sin duda por un grupo de pensadores que han impuesto irremisiblemente sus ideas a los demás. Dentro de lo confusas que a veces resultan las cosas se percibe la estela clara de aquéllas abriéndose camino a través de éstas, confiriéndolas un sentido.

Cuando un hombre genial se ha dedicado a pensar, la Humanidad entera ha acusado la presencia de este pensamiento. De esos hombres han sacado los políticos sus teorías, los economistas sus doctrinas, y el hombre de la calle sus pequeñas o grandes convicciones. Y el hombre vive de sus convicciones, es decir, de sus ideas, que en la mayoría de los casos no son suyas sino en cuanto están adscritas a él y en tanto que él las actúa poniéndolas en práctica.

Y si la vida del hombre puede malograrse y diluirse en una “moral desenfrenada” gracias al patrimonio de ideas que han venido a aprisionar y a serle usuales a su espíritu, es cla-

ro que ha de tenerse cuidado con los gobernantes intelectuales del mundo.

La condición de la Filosofía en los albores del siglo XIX

En el siglo XIX se habían extraído sus últimas consecuencias al sistema racionalista de Descartes. El filósofo francés, encerrado en la torre de marfil de su propio pensar, limpio de polvo y paja podríamos decir, había querido construir un sólido edificio metafísico desde allí, pero viéndose abocado a un desenlace para el cual su conciencia sin duda no estaba todavía preparada, hubo de evadirse de aquel callejón sin salida como mejor pudo.

Los discípulos fueron más consecuentes que el maestro; así suele siempre suceder. Malebranche imaginó una solución fantástica para salvar lo que se pudiera de aquellos principios, pero Spinoza que no tenía ni quería salvar nada, siguió con rigor la senda trazada, y de una definición, “more geométrico”, extrajo un sistema: el panteísmo.

Pero esto no es más que una pequeña parte de lo que pudiera decirse. El cartesianismo fluye principalmente por dos corrientes: la inglesa y la continental. La primera, alimentada por las afluyentes doctrinas de Bacon y de Hobbes, que a su vez manan de nominalismo medieval, forma caudal al recoger las teorías de Locke, de Berkeley y sobre todo de Hume, desde el cual vuelve a Europa para entroncar con la corriente continental en Voltaire y en Kant y seguir, ya una, desbordando el cauce, hasta el océano del idealismo hegeliano.

Las reacciones fueron débiles (2), pero esto no fué lo más grave. Se intentó desviar la corriente, sin pensar en buscar un nuevo manantial; y entonces todavía fué peor.

“Tal era la condición de la filosofía en los primeros años del presente siglo (s. XIX), y tales sus diversas formas, cuando unos hombres perspicaces y celosos llamaron la atención sobre la necesidad de una restauración radical de esta nobilísima disciplina entre las ciencias naturales. Pero era natural que ellos en el intento de ayudar a tal necesidad se agrupasen en uno de los dos partidos siguientes. O bien ellos, considerando substancialmente vicioso el movimiento moderno, echaban la culpa no a los filósofos que abusaban de la razón, sino a la razón misma considerada en su propia naturaleza; o bien continuaban admitiendo como bueno aquel movimiento, pero lo creían desviado, sin embargo, en algún sitio por imperfección del método y la debilidad de los principios. En el primer caso debía buscarse, para la reforma filosófica, otro elemento distinto de la luz racional que resplandece en la mente de los individuos; en el segundo esta luz había de ser reconfortada, mejorando los proce-

(1) *Liberatore* «Della conoscenza intellettuale». Parte prima. Ragione dell'opera, pág. X. Roma, 1857.

(2) «Intentóse en Inglaterra, o mejor dicho, en Edimburgo, siendo Tomás Reid el más ilustre capitán de aquella empresa». José Prisco «Elementos de Filosofía especulativa». Traducción de Gavino Tejado, Madrid, 1866.

"dimientos científicos y buscando en la misma facultad natural del hombre un medio que le permitiese una posesión más segura de la Verdad. Se escogió uno y otro camino y vimos surgir alternativamente cuatro sistemas: dos de los cuales repudiando la razón y rompiendo todo vínculo con la filosofía propiamente dicha, establecieron como el único principio del conocimiento o bien la autoridad del género humano, o bien la palabra tradicional; los otros dos continuaron confiando en el poder de la razón, y buscando en la especulación moderna un punto de apoyo para la edificación de sus nuevas teorías, establecieron como fuente primera de todo conocimiento la visión innata, ora del ente real, ora del ente ideal.

"A estos cuatro sistemas, como a un centro común, se refieren todas las doctrinas que en estos últimos tiempos, bajo diversos nombres y distintas formas, asumieron el cargo de reparar los daños de una filosofía degenerada" (3).

Peligros que encerraba la Restauración filosófica intentada

Las causas de esta persistencia en la aceptación de unos principios que ya se había visto donde conducían, no vamos a analizarlas aquí. Pero digamos de pasada que un sistema que hubiera intentado sustentarse en los pilares de la filosofía escolástica hubiera sido tachado de anticuado (4), porque estos pilares hacía ya mucho tiempo que habían sido utilizados y más tarde abandonados por la moderna filosofía, cuya existencia parecía estar vinculada a la existencia de Descartes. Pero no nos alejemos de nuestro objetivo.

Tan peligrosos fueron aquellos cuatro sistemas para la integridad de la fe como lo habían sido los otros. En el fondo latían los mismos principios cartesianos. Y no sólo teorías no tuvieron cabida en el seno de la Iglesia, sino que los racionalistas se levantaron con nuevos bríos y acusaron a los filósofos y teólogos católicos de detractores de la razón humana y de adversarios de todo progreso de la ciencias (5).

Además había otra cosa: los filósofos que intentaron la mencionada restauración pretendían ampararse y fundamentar sus doctrinas en las obras de Santo Tomás, y como se les acusase de no ser esto verdad y todo el mundo apreciase que, en efecto, sus doctrinas distaban mucho de tener la menor semejanza con la del Doctor Angélico, acudieron al tópico diciendo que interpretaban a Santo Tomás no a la letra sino según el espíritu de toda su obra (6).

A este respecto y resumiendo lo dicho hasta aquí citaremos las palabras de un profesor de filosofía alemán —el Doctor Clemens— (7): "La filosofía moderna desde que ha abandonado los principios de nuestros antepasados y ha seguido un nuevo método, y ha intentado un nuevo camino, ha venido alejándose de la fe, hasta llegar a ser abiertamente enemiga de la verdad cristiana, de manera que los hombres de entendimiento sano la han tenido como execrable, o por lo menos en desprecio... Que los filósofos modernos, apartándose de los antiguos, se han alejado del juicio recto, es cosa que me parece clara como la luz del sol. Ahora bien, quienquiera que se extravíe no puede nunca alcanzar la meta, si no vuelve hasta aquel lugar de su camino donde

(3) *Liberatore*, obra citada, Introducción, pág. 4.

(4) "Era usual y frecuente, en las exposiciones de historia de la filosofía del siglo XIX, omitir por completo la filosofía católica o despacharla con unas breves observaciones, declarándola anticuada". *Augusto Messer* «Historia de la Filosofía. La Filosofía actual», pág. 11, Revista de Occidente, Madrid.

(5) «Factum est, ut Rationalistae, primis Damironus, Jouffroyus, Saissetus, ac Simonius non modo maiores vires resumpserint, sed etiam cunctis Philosophis, Theologis catholicis, quibus illorum francorum Catholicorum opinionem tribuunt, veluti rationis humanae detractoribus, omnique scientiarum progressus adversariis insultaverint» *Cajetano Sanseverino* «Elementa seu Institutionis Philosophiae Christianae», Neapoli 1873 4, Vol I - Introducción. Pág. XXX.

(6) Dice *Liberatore* que los que emprendieron el Renacimiento escolástico tomista no tenían ningún sistema preconcebido que defender ni apoyar en las obras de Santo Tomás, sino el deseo de explicar la filosofía tomista ateniéndose rigurosamente a la letra, ya que el sentido, en una obra destinada a la enseñanza de los escolares como era la «Summa», había de aflorar a la superficie, aunque la doctrina en ella contenida tuviese toda la profundidad que tiene la verdad.

(7) «De Scholasticorum sententia: Philosophiam esse Theologiae ancillam Commentatio», pág. 81, citado por *Liberatore*.

"comenzó a extraviarse. Un regreso tal es condición indispensable para todo verdadero progreso. Yo estimaría vanos todos los esfuerzos y estudios de aquellos que espantados de las consecuencias de esta o aquella doctrina moderna, abandonasen los pasos de estas doctrinas, pero no viendo la falsedad de los principios a partir de los cuales habían avanzado, intentasen construir sobre los mismos fundamentos un nuevo edificio filosófico".

Como hemos visto esto es lo que aconteció. Nuestro propósito en este momento no es otro que el de examinar brevemente en qué consistieron los mencionados cuatro sistemas, y en qué medida eran "vanos intentos" fracasados ya desde el momento de nacer en la mente del filósofo que aspirase a lograr con tales principios una verdadera restauración de la filosofía en el seno del Catolicismo.

Porque, en efecto, se quiso hacer lo que Santo Tomás había hecho con la filosofía aristotélica: cristianizarla. Pero existía una radical diferencia entre el esfuerzo del gran Doctor de la Iglesia y el de estos filósofos: "La filosofía pagana podía ser purificada por las aguas bautismales, y lo fué, pero no es posible bautizar una ciencia que ha nacido del repudio de la idea cristiana" (8).

Expondremos, esquematizados, los sistemas a que hemos hecho referencia: el Lamenismo, el Ontologismo, el Tradicionalismo y el sistema de Rosmini.

El lamenismo

"La filosofía de Lamennais es una mezcla en primer lugar de panteísmo y de ideas cristianas, con otros elementos sacados del neoplatonismo y del tradicionalismo". Así la califica el ilustre historiador de la Filosofía, Zeferino González.

En el siglo diecinueve el filósofo se revuelve hacia todos los lados en busca de un asidero que no encuentra por ningún sitio. Analiza los sistemas filosóficos que han imperado desde la iniciación de la época moderna y no encuentra ninguno satisfactorio. La búsqueda urgente de un criterio parece ser lo que mueve ansiosamente a Lamennais a través de algunas de las páginas de su obra *Essai sur l'indifférence en matière de Religion*.

Y por fin se hace al luz en la mente: "Está claro que en la necesidad en que nos encontramos de creer o de admitir por verdadero lo que aparece tal a la razón humana, sea la que sea, el juicio uniforme de muchas razones iguales, ofrece mucha más seguridad que el juicio único de una razón sola". Y luego añade: "La razón de todos es a la vez de la misma naturaleza que la nuestra y superior a ella. O nada es verdadero ni falso a nuestra consideración, o lo falso consiste en lo que se opone y lo verdadero en lo que está de acuerdo con la razón universal, con el sentido común. Es necesario, pues, reconocer al sentido común por juez supremo de la verdad, o de lo contrario renunciar a toda verdad, a toda razón". (9).

El criterio de certeza ha sido hallado; consiste en la autoridad del género humano. De aquí se deduce que la existencia de Dios no puede demostrarse. Se trata de una verdad primitiva de la cual se puede dudar menos que de nuestra propia existencia porque posee testimonios más numerosos (10). "Dios existe por que todos los pueblos atestiguan que existe; Dios existe porque incluso no es posible al hombre decir que no existe, puesto que rehusando a creer según el testimonio universal no tiene derecho a afirmar nada" (11).

La fe está en el principio de todo; si se quita la fe todo desaparece: "Si no se empezase por decir *creo*, jamás podría decirse *soy*" (12).

(8) *Liberatore*, obra citada. Parte seconda Introducción, pág. IX.

(9) «Essai sur l'indifférence en matière de Religion», Paris, Garnier 1859 Tome deuxième. Págs. 85 y 86.

(10) Obra citada, pág. 106.

(11) Obra citada pág. 133.

(12) Obra citada pág. 147.

Después de haber demostrado la existencia de Dios preséntase a la consideración del filósofo todas las otras verdades que encuentran su fundamento y su razón en el Ser supremo. La Creación es el lazo que une lo finito con lo infinito. Y al explicar esta relación es cuando Lamennais bordea el panteísmo, si es que no cae en él. Porque afirma que crear algo de la nada es imposible; la Creación consiste en una manifestación progresiva de Dios, en un sacar Dios las cosas de su misma substancia, aunque luego aquéllas constituyan entidades finitas distintas de Él, debido a que la materia *limita*. O sea que la distinción entre Dios y las criaturas estriba en la *limitación* de éstas.

* * *

El que está inmerso —como decíamos al principio— en las ideas de una época o de una generación corre el riesgo de no poderse librar de las ataduras espirituales que le unen a ella. A pesar del esfuerzo visible que Lamennais hace por apartarse de la ruta imantada cartesiana, algo irresistible le arrastra hacia el centro del torbellino. Sin duda su sistema parece oponerse a los principios de Descartes: en efecto rechaza el valor de la razón individual. Pero ¿qué adelanta con destronar al individuo si a continuación entroniza al género humano? ¿Qué obtiene con negar la validez del razonamiento *yo existo, luego Dios existe*, si le substituye con este otro *Dios existe porque todos los pueblos atestiguan que existe?*

“El panteísmo de Fichte radicaba en el individualismo de Descartes, pero había necesitado, sin embargo, un siglo y medio y el desarrollo del kantismo para germinar y fructificar. En el lamennismo no hay necesidad de todo esto. Cae bruscamente en el panteísmo humano”. (13).

Todo esto sin contar con la proximidad que tiene con la teoría averroista del entendimiento único: “La razón de cada hombre no es más que la razón universal individualizada en él”. (14).

El ontologismo

Sabemos en qué consiste el Ontologismo. Gioberti, nos lo dice cuando lo proclama como la verdadera filosofía, oponiéndolo al Psicologismo. Así como este último sistema deduce lo sensible de lo inteligible y la ontología de la psicología, el *Ontologismo* por el contrario se basa en la *aprehensión directa del ser absoluto, en la intuición de Dios*.

También Gioberti, como Lamennais, se esfuerza en una lucha intelectual contra Descartes. La filosofía tradicional hasta la aparición del filósofo racionalista por antonomasia había sido ontologista —dice Gioberti—, pero aquél la hizo cambiar de rumbo. Gioberti en el siglo XIX quiere “restaurar” la “filosofía tradicional”, siguiendo los principios de los sistemas Pitagórico, Eleático, Platónico, de los Padres y de los Escolásticos realistas.

Detengamos un momento la atención sobre la doctrina que intentaba tal restauración.

“El objeto primario y principal de la filosofía es la idea, término inmediato de la intuición mental”. A este objeto primario se le puede llamar Ente. El Ente, que es Dios, y sobre la intuición del cual (*visión ideal*) descansa toda certeza filosófica, viene a ser el *primum philosophicum*, es decir, el principio de las ideas, la primera idea (*primum psicologicum*) y el principio de las cosas, la primera cosa (*primum ontologicum*). Con esto está dicho casi todo. El Ente contiene además un juicio, a saber: *Yo soy necesariamente*. De él proceden todas las otras cosas. La filosofía consiste radicalmente en repetir este juicio por medio de la *palabra*. Por la palabra el hombre pasa de la intuición a la reflexión. Ella le capacita también para repetir a los demás aquel juicio.

(13) *Liberatore*, obra citada. Parte prima. Pág. 12.

(14) *Lamennais*, «Des doctrines philosophiques sur la certitude», etc., pág. 67. Citado por *Liberatore*.

En Dios se contemplan, pues, intuitivamente todas las ideas, pero para conocer los conceptos de las criaturas es necesaria una luz divina que ilumine estas existencias creadas y distintas de Dios. A través de esa luz las vemos nosotros en el acto mismo de la creación. “La causa primera como inteligible hace que los efectos sean conocidos”.

* * *

No se necesita gran esfuerzo para ver la filiación de esta doctrina. Si se considera a Malebranche como el padre del Ontologismo moderno bien puede decirse que esta dirección filosófica arranca del mismo Descartes. Malebranche —bien sabido es— quiso ser un consecuente discípulo cartesiano (15).

En primer lugar Descartes coloca como cuestión previa a todo avance en el camino del conocimiento una verdad; esta piedra angular de todo el edificio es la existencia de Dios. Y habiendo acudido Descartes, como todos los filósofos idealistas posteriores, al argumento ontológico de San Anselmo, ligeramente modificado por él, para probar dicha existencia, puso en marcha el motor que después había de llevar a Malebranche al Ontologismo. Según Descartes hay tal distancia entre el pensamiento y las cosas, que sólo puede salvarse esta distancia con la ayuda de Dios. *Dios no nos puede engañar*; sólo por esta razón hemos de confiar en nuestros conocimientos.

Sobre el pavoroso problema que Descartes había dejado planteado se afaná Malebranche en ingeniar una solución. El abismo insondable abierto entre las dos substancias, la *res cogitans* y la *res extensa*, lo salvó por medio de la visión en Dios. Partiendo de los principios cartesianos ambas substancias son del todo punto comunicables: el sujeto no puede conocer el mundo que le rodea, ni actuar sobre él. Pues bien, Malebranche aceptó esta incomunicabilidad y sostuvo que *Dios es el lugar de los espíritus*, es decir, que vemos las ideas de las cosas en Dios y sólo de este modo podemos conocerlas. En cuanto a la actuación sobre ellas tampoco somos nosotros los agentes, sino Dios mismo, que ejecuta lo que nosotros queremos ejecutar *con ocasión* de nuestra volición.

El tradicionalismo

Desarrollado en Francia, este movimiento filosófico agrupó a unos cuantos filósofos que, aun divergiendo en algunos puntos, venían todos a aceptar y convenir en este principio: toda verdad suprasensible está fuera del alcance de la inteligencia humana si ésta no es ayudada por la palabra transmitida y contenida en la *tradicción*.

El pensamiento no puede actuar sin el lenguaje; y el problema de averiguar cuál sea el origen de éste, difícil problema que Rousseau había dejado, según su propio testimonio, para que lo resolviesen otros, fué acometido por De Bonald.

De Bonald piensa que el lenguaje ha de tener forzosamente un origen divino. Y puesto que la palabra expresa ideas, Dios al proporcionar al hombre la palabra hubo de revelarle una serie de verdades que se han ido transmitiendo luego por la sociedad.

Liberatore señala tres formas principales de *tradicionalismo*. La primera corresponde al sistema de *De Bonald*, la segunda al de *Bonnetty* y la tercera al de *Ventura*.

La *primera*, que fué la forma originaria del Tradicionalismo, consiste en vincular al individuo sólo las verdades particulares, es decir, los hechos físicos y sensibles. Según esto toda noción abstracta y general adviene a él por el magisterio externo.

La *segunda* atenua un poco el rigor de la primera y únicamente admite la necesidad del magisterio externo para las verdades morales y religiosas.

La *tercera* forma del Tradicionalismo pretende apoyarse

(15) «Malebranche est, avec Spinoza, le plus grand disciple de Descartes. Comme lui il a tiré des principes de leur commun maître les conséquences que ces principes renfermaient». *Cousin - Fragments philosoph.* T. II, pág. 167. Citado por *Liberatore*.

en las doctrinas de Santo Tomás. Concede que el hombre pueda tener ideas, incluso sobre el orden suprasensible y moral, pero niega que pueda tener propiamente *conocimiento*, es decir, conceptos y juicios determinados sobre estas verdades sin la ayuda de la Revelación del lenguaje.

El Tradicionalismo, por consiguiente, no concede ningún valor a la razón humana y cae en el extremo opuesto que los racionalistas. Bien queda de manifiesto que se trata de una doctrina nacida del deseo de humillar a la razón, que los sistemas filosóficos habían llegado hasta el extremo de colocar en trono divino.

Pero el Tradicionalismo tampoco obtuvo el éxito que podía esperarse de la buena voluntad de sus defensores. El parentesco con la filosofía de Lamennais es evidente. Más aún, el tradicionalismo encuentra en éste su expresión lógica y consecuente.

Por otra parte el Tradicionalismo a fin de cuentas viene a parar al mismo sitio que el Racionalismo. Ambos niegan implícitamente toda diferencia esencial entre el orden natural y el sobrenatural. El Racionalismo convierte toda verdad revelada en verdad racional, pero el Tradicionalismo cae en un exclusivismo parecido cuando hace de toda verdad racional una verdad revelada.

El sistema del ente ideal

La figura de *Antonio Rosmini Serbati* excede en magnitud a la mayoría de los filósofos cristianos del siglo. Sus doctrinas encierran alguna grave desviación de la teoría católica, pero Rosmini supo someterse al juicio de la Iglesia, condenatorio en algunas de sus obras, lo que no hizo Gioberti.

La teoría del conocimiento constituye el punto central del sistema rosminiano. Según ella hay dos clases de conocimientos: el de *intuición* y el de *afirmación*. El primero consiste en la captación de las ideas o esencias como posibles; el segundo viene a ser la afirmación de la existencia o no existencia fuera de la mente de aquellas esencias posibles conocidas de antemano por intuición.

Hay que notar que las ideas son, según Rosmini, *id quod cognoscimus* (aquello que conocemos) y no *id quo cognoscimus* (aquello en lo cual conocemos), lo que está en oposición a la teoría tomista que considera las ideas como representaciones o especies inteligibles de las cosas.

Ambos conocimientos, el de intuición y el de afirmación, están vinculados al entendimiento y no a los sentidos. Ahora bien, ¿dónde se originan las ideas que la intuición capta? De sus propiedades o caracteres—universalidad, necesariedad, eternidad e infinidad— resulta que no pueden originarse más que en Dios. Son como "*pertenencias de Dios*".

La primera idea es la de *ser*. Esta es connatural a la intuición, es innata en el hombre y constituye la luz de la razón, es decir, la forma de la inteligencia. Las demás ideas no son otra cosa que limitaciones de la idea innata del ser indeterminado, y en este sentido pueden llamarse adquiridas.

Ni la intuición del *ser ideal* indeterminado, ni el conocimiento de las cosas *subsistentes* (cuerpos externos al sujeto) por los sentidos constituyen el conocimiento humano propiamente dicho. Éste se realiza por la síntesis de ambos elementos (de la forma y de la materia), y la facultad intermedia que la realiza es la *razón*.

Sin duda, la *universalización* de las ideas es un punto capital en la sistemática rosminiana. Veamos brevemente el proceso del conocimiento. Hay primero una sensación, la cual,

unida a la idea innata del Ente, ocasiona un juicio de la mente en el que se afirma la existencia de ese objeto concreto que está delante de nuestros ojos. Sin embargo, puede prescindirse de la existencia actual de aquella cosa, considerando únicamente su idea como posible y capaz de ser participada por otras cosas: en este prescindir de la existencia actual consiste la universalización. Por lo que se refiere a la abstracción es un paso más: tiene lugar cuando se contempla a la idea pura y aislada, sin ninguna relación con aquel objeto del cual es idea.

* * *

La filosofía de Rosmini, muy a pesar de él mismo, no está de acuerdo con la de Santo Tomás. En efecto, se separan en el punto principal, en lo que constituye la clave del sistema rosminiano: en la *idea del ente*. Para Santo Tomás es adquirida; para Rosmini es innata.

Rosmini, que se esforzó siempre en luchar contra el sensismo y también con el extremo opuesto —con las teorías de Leibnitz y Kant—, no puede ocultar una intensa influencia kantiana. Lo que él viene a reprochar al filósofo de Königsberg es que pusiese *tantos* elementos innatos en el entendimiento humano. A este respecto son luminosas las siguientes palabras de Liberatore:

"El error capital de este sistema (del rosminiano) radica en haber invertido el orden de las operaciones de nuestro espíritu, estableciendo como primera la síntesis en vez del análisis. Por eso se vió obligado a suponer innata en el alma una idea actual, de la cual brotasen todos los conocimientos, sin preocuparse poco ni mucho del laberinto a que conducía semejante doctrina. Si se busca dónde está la raíz de tal error, se encontrará en el haber creído buen método seguir las huellas del criticismo, que se apoya en aquella misma inversión. Este es el error de toda la filosofía desde Kant: creer que nuestra mente no debe recibir el conocimiento, sino fabricárselo. De aquí viene la necesidad de establecer en ella formas *a priori*... Así la ciencia filosófica abandonando el *objetivismo* escolástico y ateniéndose al *subjetivismo* cartesiano, desembocó finalmente en la *identidad* de los trascendentalistas alemanes" (16).

* * *

Hemos seguido, muy rápidamente por fuerza, el proceso filosófico de los que en el siglo XIX intentaron una restauración de la filosofía en el seno de la Iglesia católica. Empresa era ésta —la de tal restauración—, muy delicada y no pudo obtener el éxito deseado, pero tuvo la virtud de poner en guardia a unos cuantos pensadores que conscientes de la gravedad, del influjo y de la trascendencia que las ideas pueden tener y efectivamente tienen sobre la vida y destino de los hombres se levantaron de sus cátedras y enarbolando una bandera —la del tomismo— dedicaron todos sus afanes a combatir aquellas ideas, en lo que tenían de consecuencias de unos principios secularmente combatidos por la Iglesia.

En esto consistió, considerado en su aspecto polémico, el Renacimiento escolástico-tomista, que si tuvo mucho de reacción contra aquellos "vanos esfuerzos", no tuvo menos de de la síntesis filosófica contenida en el tomismo.

Alguien ha dicho que lo que hoy se dice en la cátedra, mañana se repetirá en la plazuela. Si esto es verdad ha de procurarse que la labor de cátedra sea intensa. El Renacimiento escolástico del siglo pasado ha proporcionado una pauta.

Francisco Hernanz

(16) *Liberatore*, obra citada. Parte prima, pág. 422.

Pasó medio siglo. León XIII, con su Encíclica «Aeterni Patris» ha consagrado definitivamente el retorno a Santo Tomás cuyos inicios hemos seguido. Aquellos que en un principio eran tenidos por locos y temerarios, exultan ahora al ver bendecida, autorizada, impulsada su empresa por el más alto poder de la tierra «Cuando di por primera vez a la luz pública mis

«Instituciones filosóficas», hace ya de ello cuarenta años, nadie ciertamente habría podido sospechar la mutación que han experimentado las cosas, y a la que, a Dios gracias, nos ha sido dado asistir con vida. Pues en aquel tiempo, la Filosofía de Santo Tomás hasta tal punto yacía olvidada en el polvo que no pocos, y aun de los mejores, reputaban por locura el pretender que fuese restituida a su antigua predicación. Mas lo que entonces se juzgara locura hoy lo vemos venturosamente coronado por el éxito».

¡Está abierto el camino!

Cuando di por primera vez a la luz pública mis Instituciones Filosóficas hace ya de ello cuarenta años, nadie ciertamente habría podido sospechar la mutación que han experimentado las cosas y a la que, a Dios gracias, nos ha sido dado asistir con vida. Pues, en aquel tiempo, la Filosofía de Santo Tomás hasta tal punto yacía olvidada en el polvo, que no pocos, y aun de entre los mejores, reputaban por locura el pretender yo fuese restituida a su antigua predicación. Mas lo que entonces se juzgara locura, hoy lo vemos, venturosamente, coronado por el éxito.

Cuyo hecho salubérrimo se debe a la sabiduría de S. S. León XIII, que consideró no era posible disipar las tinieblas de los errores en que yace sumido nuestro tiempo, sino mediante la luz de la verdad, y que, con su voz poderosa, llamó de nuevo a las inteligencias al magisterio del Santo Doctor. Porque éste —decía el Pontífice—, “ha indagado las conclusiones filosóficas en las razones y en los principios de las cosas que por su considerable amplitud abarcan y contienen como en su seno la semilla de casi infinitas verdades que habían de manifestarse, a su debido tiempo, y con fruto abundantísimo, a los maestros que le siguieron. Y habiendo empleado este método de filosofía al refutar los errores, consiguió debelar por sí solo los errores de todos los tiempos que le habían precedido y proporcionar, además, armas invencibles con que pudiesen ser destruidos los que en adelante habían de nacer”. Hasta aquí el Pontífice en aquella su admirable Encíclica *Aeterni Patris*.

Increíble resulta decir de qué manera esta incitación del Romano Pontífice haya inflamado los ánimos despertando el deseo de beber a fondo en la filosofía del Angélico Doctor. Con impresionante unanimidad, los obispos han ordenado a partir de la publicación de aquella, que esta filosofía debía ser enseñada en las escuelas. En muchos lugares se han creado academias dedicadas a conseguir que fuese aprovechada y propaganda. Para explicarla y vindicarla de las muchas calumnias que contra ella se levantan, han aparecido, poco después, obras meritisimas y versadísimas en múltiples ramas del saber. Ni pretenda nadie objetar que este entusiasmo haya quedado reducido a los círculos clericales. Pues, aun omitiendo que también muchos laicos han venido a sumarse a la misma corriente, replicaremos que, por mucho que se diga y haga, la filosofía siempre caerá bajo el dominio del clero.

Así, pues, en medio de tanta efervescencia de los estudios, creí finalmente oportuno examinar con más riguroso criterio mis Instituciones para advertir qué cosas pudiese añadir a ellas en orden a su mayor perfeccionamiento a fin de que respondiesen con más eficacia a las necesidades de aquella hora. Y para que te hagas perfecto cargo, carísimo lector, del motivo de esta determinación, preciso es que con brevedad te muestre el camino que emprendí para exponer y propugnar en mis trabajos la filosofía del Santo Doctor.

Al saltar al palenque, en aquellos tiempos difíciles a que

antes me referí, me había trazado el propósito de ganar terreno gradual y prudentemente, a fin de que la extremada violencia del ataque no alarmase a los adversarios, que eran muchos y poderosísimos. Ya que se me venía a la memoria el ejemplo de aquel caudillo romano, de quien nos refiere Ennio, *que, paso a paso, devolvió las cosas a su ser y estado anteriores; pues no anteponía las habladurías a la causa del bien general*. De ahí que yo, al informar las Instituciones que publicaba en la doctrina del Santo Doctor, me cifera casi



La Escuela de

exclusivamente a exponer los principios capitales; que, en cuanto a los demás, u omitidos o rozados levemente, por su menor importancia, me esforcé en demostrar que los autores que más sobresalían entre los modernos o estaban de acuerdo con ellos, o cuando menos no distaban mucho de estarlo. Con todo, abandoné de intento el método dialéctico que más desazón causaba a la gente, y que a mí mismo no me parecía compatible con las circunstancias. Con ese ardid conseguí que mi obra no se hiciese ingrata desde el primer momento y que pudiese ser recibida sin grande prevención la doctrina de Santo Tomás a la que, lentamente, fui dando mayor claridad y amplitud en cada una de las reediciones.

Mas mi labor, débil y lenta hasta entonces, se habría visto coronada por un fruto exiguo de no haberla venido a reforzar dos auxilios valiosísimos. Fué el primero de ellos la aparición de la revista conocida con el nombre de *Civiltà Cattolica*, que, en el año 1853, proclamó paladinamente que la filosofía de Santo Tomás de Aquino debía ser restaurada como único remedio para la crónica enfermedad que inficiona la moderna ciencia. Aprovechando esta magnífica oportuni-

dad, escogí la doctrina ideológica y antropológica del Santo Doctor para explanarla y defenderla desde las páginas de aquélla, cuya labor recopilé más tarde en cuatro volúmenes. Entonces, lisonjeado por el éxito que había conseguido, gracias al prestigio y difusión de que gozaba la *Civiltá*, fué en 1860, cuando me dí a la tarea de corregir mis Instituciones creyendo propicia la ocasión y no sólo las acomodé más rigurosamente a la forma dialéctica sino que los enriquecí mucho más con citas del Aquinatense.

El otro auxilio de la mayor eficacia, que vino también a añadirse, fué el, por decirlo así, como coro de varones doctísimos que tomaron por su cuenta la tarea de explicar e ilustrar la filosofía de Santo Tomás en libros llenos de ciencia y erudición. Por no citar sino a los más célebres, podemos recordar a Sanseverino que en 1862 comenzó a dar a la luz pública su obra importantísima, distribuída en muchos volúmenes, que lleva por título: *La filosofía cristiana comparada con la antigua y la nueva filosofía*, a la que sin pérdida de tiempo vinieron a añadirse tres volúmenes de Instituciones Filosóficas, destinadas a instruir a la juventud en la doctrina de Santo Tomás. Al cabo de cuatro años más tarde había sido vertido en lengua italiana otra magnífica obra, escrita hace un lustro en lengua alemana, me refiero a "*La filosofía de los antiguos explanada y defendida por el P. José Kleutgen, S. J.*". A ambos se sumaron otros dos varones ilustrísimos: Tomás Zigliara de la Sagrada Orden de los Predica-

dad las mentes de los discípulos en la doctrina de Santo Tomás de Aquino. Por mi parte, yo he creído que mis Instituciones, tal como quedaban en las ediciones precedentes, no satisfacían plenamente esta necesidad. Y así, determiné mejorarlas, mas no de cualquier manera, sino rehaciéndolas a foñdo de suerte que deberá considerárselas como una obra nueva. En primer lugar, añadí todas aquellas cosas que juzgué indispensables para una inteligencia plena de la doctrina de Santo Tomás. En ello he puesto un cuidado especialísimo al preparar esta nueva edición; de ahí que no haya desarrollado ninguna tesis de cierta importancia, o propuesto ningún punto esencial de la disciplina, sin corroborarlo con la autoridad del Santo Doctor, o sin mostrar cómo deriva evidentemente de sus principios. Además, tanto he procurado esforzarme por simplificar el sentido de las cuestiones más abstractas, que creo serán de fácil iniciación para las mentes juveniles. He añadido en algunos lugares, las definiciones que en anteriores ediciones se encontraban a faltar, y no he empleado menor diligencia al distribuir la obra en varias partes, de forma que con perfecta claridad se impusieron al lector desde el primer instante el orden, las cosas y el método del tratado. Todo esto atañe, ciertamente, a la materia. En cuanto a la forma, no obstante, he cambiado algunas veces la distribución de partes, a fin de guardar mejor la distinción de materias y el nexa entre ellas. Del mismo modo, he suprimido algunas cosas que parecían supérfluas o que se expresaban en estilo verboso con lo que se perjudicaba la forma tradicional escolástica, y he ceñido más y más los racionios, acomodándome con mayor rigor al método dialéctico. Mas para impresionar con viveza la imaginación de los adolescentes, he encabezado algunos párrafos en que pretendí distinguir alguna materia, para separar una cosa de otra, con un breve título en tipo de letra de tamaño ligeramente mayor. Pero fué tarea no poco ardua impedir que, con las añadiduras introducidas, el libro no variase considerablemente de tamaño y conservase su brevedad sin sacrificar la claridad.

Ahí tienes, pues, benévolo lector, lo que en este libro se me deba y cuáles hayan sido los motivos que me impulsaron a refundirlo de esta forma.

En lo cual, ciertamente, he tenido que cargar con un trabajo no exiguo que, aunque ya viejo, he tomado sobre mis hombros con infinito agrado por tratarse de la recta enseñanza de los adolescentes. Pues juzgo es cosa de tanto valor que jamás entenderé se la dé la importancia que de sí exige.

Porque todo cuanto se propone al estudio o consideración de los adultos, si en algo peca contra la ciencia, entraña poco peligro, pues se trata de lectores que, por la madurez de su conocimiento y por la noticia que poseen también de otras opiniones, tienen íntegra la facultad de discernir. Pero los amadísimos adolescentes, que se acercan a la ciencia en la edad más desvalida, y sin tener formado el criterio, carecen casi en absoluto de fuerzas para llegar por sí mismos a un juicio sobre las cosas y se entregan de lleno a la autoridad del escritor o del maestro. Por lo cual, jamás debe nadie creer se dedique bastante atención en que salgan perfectos los libros que deban ser puestos en sus manos. La que debe aplicarse en sumo grado a los trabajos filosóficos por obra de los cuales son colocados en las mentes de los adolescentes como los estribos y fundamentos de toda su ciencia futura.

No me corresponde a mí juzgar si he prestado a este deber toda la atención que requiere el caso. Te ruego, solamente, oh lector, aquello de que, sea cual fuere el éxito conseguido, te dignes convenir en que, ciertamente, he cuidado la obra con todo detenimiento pensando en la juventud.



Santo Tomás

dores, hoy Cardenal de la Santa Iglesia Romana, y Juan Cornoldi de la Compañía de Jesús; los cuales, preclaros por su talento y sabiduría, no sólo expusieron admirablemente la doctrina de Santo Tomás en sus Instituciones filosóficas, sino también en otros muchos libros meritísimos.

El camino quedaba allanado con estos trabajos, y la tierra como preparada para recibir la palabra del Pontífice, cual fecundísima semilla, con esperanza de abundante siembra que ha de fructificar. De esta manera, la obra emprendida entre innúmeras dificultades y llevada adelante con ánimo tenaz y paciente, ha venido por fin a ser estimulada y firmemente consolidada por la autoridad pontificia.

Lo cual siendo así, parece que la presente condición de las cosas exige que las Instituciones filosóficas destinadas a educar a la juventud estén dispuestas de manera que contengan todas aquellas cosas encaminadas a instruir con profun-

Instituciones de Filosofía del P. Mateo Liberatore

(Prati Oficina Giachetti, Filii et Soc. - 1883) (Prólogo para la Segunda edición de dicha obra reformada)

El Partido Social-Cristiano belga se prepara para las elecciones con un programa sugestivo, que enfocando el problema social bajo la consigna «Superar al comunismo para combatirlo mejor», propugna, entre otras realizaciones, la participación de los obreros en los beneficios de las empresas.

Esto no proporciona la ocasión para traer a nuestras columnas la autorizada opinión del escritor inglés HILAIRE BELLOC, no porque recomiende iguales o distintos procedimientos, sino porque cala más hondo en el problema.

La restauración de la Cristiandad

Por Hilaire BELLOC

El falso remedio del Comunismo; factores que concurren a su difusión. ★ El factor moral. ★ El factor numérico. ★ El factor sectario, directivo. ★ Espíritu sobre el que actúa el Comunismo. ★ Necesidad de aprontar remedios concretos, como alternativa contra el Comunismo. ★ Ningún programa de restauración social es viable si no se apoya en el espíritu de la Iglesia. ★ No existe otra defensa contra el retorno a la esclavitud que la acción contraria del Catolicismo.

Hemos visto cómo la Cristiandad (si es que así puede llamarse) siguiendo un largo encadenamiento de causa a efecto, ha llegado a una crisis en la cual puede sucumbir: esto es, que la civilización que asociamos a todo nuestro pasado y gracias a la cual vivimos puede desmoronarse bajo la acción del falso remedio del Comunismo. Este falso remedio, por el momento, es el más evidente; es el remedio que seduce de inmediato, no sólo a aquellos que sufren las injusticias y la presión intolerable del Capitalismo, sino también a los espíritus generosos para los cuales la injusticia infligida a otros es un motivo suficiente para llevarlos a la acción. Evidentemente el Comunismo seduce también, como remedio, al revolucionario internacional que primero lo concibió y que ahora lo dirige.

Estas tres fuerzas combinadas constituyen un poder formidable que crea al Estado Capitalista moderno un cúmulo de dificultades capaces de precipitarlo en el Comunismo. Esa solución tiene tras ella el entusiasmo honesto de aquellos que protestan contra la injusticia y recibe de esa fuente el ingrediente moral todopoderoso, esencial para el éxito de cualquier movimiento, a saber: el entusiasmo espiritual que inspira a ese creciente número de espíritus inclinados al experimento comunista, no porque ellos mismos lo necesiten, sino como protesta contra calamidades manifiestas. Estos espíritus están inspirados por el deseo de enderezar un entuerto; y una fuerza de esa naturaleza, aunque adopte una política equivocada, resulta creadora.

El segundo elemento (mucho más aparente dentro del movimiento general), a saber: la rebelión proletaria contra las condiciones inhumanas del Capitalismo, provee el segundo factor: el número.

Por último, tenemos los conductores del movimiento: cosmopolitas, conscientes de una posición filosófica de clara naturaleza materialista y atea; éstos proveen el trabajo centralizado, sin el cual es imposible llevar a cabo ningún esfuerzo agresivo, militar o civil. Estos hacen los planes, imparten las órdenes, obedecidas, no sólo por aquellos que conscientemente las aceptan como órdenes, sino también por un número mucho mayor de hombres que las siguen por sugestión.

Contra una combinación tan formidable y cada vez más poderosa, ¿qué van a hacer aquellos que perciben el peligro que ella implica? ¿Qué alternativa han de proponer? Evidentemente, resultará imposible arribar a algo concreto sin hacer el plan o esquema de nuevas instituciones. Decirle al enfermo que tenga paciencia no implica curar su enfermedad. Continuar permaneciendo en los marcos de la antigua estructura social, que se ha desmoronado en su moral y en su aplicación, es invitar al desastre. ¿Cómo han de ser las nuevas instituciones, y las nuevas concepciones que han de guiar a esas institucio-

nes; quién será el reformador, consciente de que el Comunismo significa la muerte, que proponga un remedio eficaz para curar la enfermedad del mundo moderno?

Tenemos ante nosotros el hombre que dice: "Antes que sobrellevar la terrible injusticia de mi condición, la cruel inseguridad a que estoy condenado, la imposición arbitraria, mediante la fuerza, de las órdenes de otros hombres para su provecho y en mi detrimento; más bien que sufrir la explotación y la presión intolerable de relaciones puramente mecánicas, prefiero destruir la Sociedad bajo la cual he sufrido todos estos males. Me vengaré en seguida de los ricos a los cuales no estoy ligado por un lazo humano de lealtad o por un estatuto —dado que mis amos han negado el valor del estatuto y de los antiguos lazos humanos.—Yo, a mi vez, he de despojarlos. Si he de ser un semiesclavo para beneficio de ellos, preferiré ser un esclavo total de la comunidad, de manera que nadie se enriquezca gracias a mi trabajo mientras que yo estoy sumido en la desesperación. Me dicen que al destruir la propiedad estoy destruyendo la familia: contesto que tanto yo como mis compañeros no hemos tenido propiedad y sobre el particular aun el lazo de la familia está casi perdido entre nosotros. Habremos terminado con esto como con todo lo demás. Tendremos un nuevo mundo aunque signifique —y precisamente porque significa— la destrucción violenta del antiguo".

Este es el espíritu sobre el cual actúa el Comunismo y sobre el cual se levanta la rebelión materialista actual. La cosa en sí misma es un levantamiento explosivo contra la injusticia, aun cuando la mayor parte, los más capaces, y desde luego los que tienen más aptitudes para mandar, están inspirados por algo muy distinto: les mueve el odio hacia todo aquello que nos ha hecho lo que somos; aquello que ha hecho nuestro arte, nuestra gloria, así como lo que nos ha precipitado a nuestra caída.

Ahora que estamos en peligro de perder aquello para lo cual los hombres deben vivir; para lo cual han vivido durante siglos; para lo cual los más capaces de nosotros aún desean vivir, debemos proponer remedios concretos. Las grandes Encíclicas han sugerido, no en realidad un programa, sino el espíritu sobre el cual podría definirse un programa.

De este programa el responsable debe ser el individuo que lo propone: no la Iglesia. Aunque proceda de individuos católicos o en simpatía con el Catolicismo, un programa no es en sí mismo "católico". Está abierto aún a la negación por parte de quienes simpaticen con el catolicismo tanto como sus mismos promotores: porque un programa es lo que cada uno, como individuo, concibe como un producto de la filosofía católica; y su objeto no es realizarse a sí mismo, sino realizar una Sociedad Católica, en cualquier forma que el sentido Católico de la justicia haya de dar sus frutos.

Proponemos, por nuestra parte, ciertas instituciones: estas instituciones caen bajo tres grupos principales y esos tres están relacionados, en su raíz, a una filosofía católica cuya reforma salvadora deben adoptar, o en su defecto, los remedios que se proponen fallarán. Los tres grupos principales de la reforma son: Primero, una distribución mejor de la Propiedad; segundo, el control público de los monopolios; tercero, el restablecimiento de aquellas organizaciones y principios que sustentan el concepto de la Corporación.

Si logramos que esas tres cosas trabajen activamente: la propiedad bien distribuida, un gobierno fuerte controlando el despotismo del monopolio, y el trabajo cooperativo bajo la forma de una Corporación, habremos obtenido el fin que perseguimos. Sobre estos tres fundamentos podemos erigir de nuevo un sistema fuerte y permanente porque será justo y porque estará en consonancia con la naturaleza del hombre. Habremos construido un Estado dentro del cual los hombres puedan vivir en aquel estado de felicidad que puede esperarse de la naturaleza humana después del pecado original y de las condiciones temporales dentro las cuales está obligada a vivir. No habremos logrado el Paraíso, pues no es posible entrar de nuevo en el Paraíso en este mundo. No habremos terminado con los principales males morales de la humanidad, porque éstos provienen no de condiciones morales o de disposiciones políticas, sino de la corrupción del corazón. Lo que habremos hecho, sin embargo, habrá sido descartar ese sentimiento insoportable de injusticia social, esa protesta que amenaza llevarnos al naufragio.

Llegados a ese punto, la mayoría de los hombres se detendrán diciendo: "Bueno, si esos tres grupos de remedios combinados resultan suficientes, procedamos a aplicarlos. Establezcamos las reglas: más aún, elaboremos los detalles de las instituciones que se necesitan así como un plan de leyes protectoras de las mismas. Habiendo hecho esto, nuestro trabajo y nuestro cometido habrán terminado".

Tal conclusión implica un error, y un error que de persistir sería fatal, porque las instituciones no surgen de sí mismas, ni pueden ser protegidas por simples regulaciones verbales. Las instituciones surgen de cierto espíritu que anima a la Sociedad, un espíritu del cual ella es el producto. Las instituciones son mantenidas por la aceptación de los hombres animados de este espíritu.

En nuestra época mejor, cuando existía una buena división de la propiedad, control del monopolio y una Corporación floreciente, todo el armazón de esa Sociedad descansaba sobre una filosofía mantenida vigorosamente bajo la forma de una religión. Era la filosofía, la religión de la Iglesia Católica.

Por lo tanto resulta una verdad, que sólo nos será posible recobrar una sociedad moral, asegurar una pequeña propiedad, el control del monopolio y la Corporación, si recuperamos igualmente el espíritu del Catolicismo; en otras palabras, *no encontraremos el remedio para el Mundo hasta no haber convertido al Mundo.*

En otras palabras: hemos de terminar este estudio examinando cómo el pequeño propietario puede surgir y sobrevivir, cómo su gran enemigo que amenaza asesinarlo, el monopolio, puede ser subyugado, cómo sus instituciones cooperativas pueden reforzar su libertad, pro-

longándola y estabilizándola. Pero habiendo considerado todo esto, que la cosa no podrá realizarse a menos de estar inspirada en ese espíritu que formó nuestra cultura, ese espíritu sin el cual nuestra cultura morirá: el nombre de ese espíritu es la Iglesia Católica.

* * *

Aun en el caso de haber considerado en todos sus detalles la política requerida para restaurar la propiedad y la consecuente libertad económica como una alternativa frente al Comunismo, subsiste un requisito cuya importancia es tan fundamental que determina el conjunto. Si éste falta, la política está destinada al fracaso: recordándolo e insistiendo sobre ello, y solamente así, esa política podrá tener éxito.

Este requisito consiste en el restablecimiento, en nuestro medio, de la cultura Católica, y con este objeto, la penetración hasta cierto límite necesario y más allá, de hombres y prácticas católicos en la comunidad. Habiendo dicho esto, pasará a definir los términos de esta proposición.

En primer lugar, una conversión hacia la cultura católica es necesaria para la restauración de la libertad económica, porque la libertad económica fué fruto de esa cultura en el pasado.

Fué la Fe lo que gradual e indirectamente transformó al esclavo en siervo y al siervo en campesino libre. Fué la Fe la que mejoró la Corporación, heredada del Imperio Pagano, implantándola como la cosa fundamental que fué durante el gran período medieval: la garantía de la libertad. Fué la Fe, mediante la atmósfera moral que supo crear, lo que detuvo y refrenó la Usura, esa usura que había minado por completo la Sociedad Pagana antes del triunfo de la Iglesia y que hoy está minando la nuestra. Fué la Fe la que circunscribió la competencia dentro de ciertos límites e hizo que su práctica resultara servicial a la propiedad bien dividida. *La ruptura de la Unidad en Europa fué lo que dió libre curso a todos los males que ahora sufrimos y amenazan destruirnos.*

Mas no es posible construir una Sociedad sintéticamente, porque se trata de una cosa viva; debemos ver en primer lugar que el principio vital exista, pues de él se desarrollarán más tarde los caracteres del organismo. *No será posible establecer las instituciones características de la libertad económica en una sociedad pagana, herética o indiferente; no será posible refrenar la competencia, que basta por sí sola para destruir semejante libertad, ni perseguir permanentemente ninguna otra parte del programa; porque la cosa debe ser hecha totalmente, y sólo puede hacerse totalmente gracias a la influencia de un ambiente católico.*

Así, pues, debemos tender hacia la conversión de la Sociedad, y si ese falla, ningún esquema de libertad económica estable podrá sostenerse. Procedemos, conviene recordarlo, de la esclavitud; nuestra Sociedad estaba antes totalmente basada sobre la esclavitud, y la esclavitud está retornando: *y no existe otra defensa contra este destino que la acción contraria del Catolicismo.*

Fragmentos del libro "La crisis de nuestra civilización". Tercera edición: 1945, traducción de Carlos M.^a Reyles. Editorial Sudamericana. Buenos Aires

Hilaire Belloc, dedicado a estudios técnicos, concretos, sienta esta verdad de valor general para cualquier programa: "no encontraremos el remedio para el Mundo hasta no haber convertido al Mundo". La conversión del Mundo es un requisito previo para resolver, no sólo el problema social, sino el internacional o cualquier otro de los que llevan angustiada a nuestra sociedad. La pregunta: **¿CÓMO CONVERTIR AL MUNDO?** ¿hay alguna idea que tenga virtualidad suficiente para conseguir esta conversión, o al contrario, se confiesa que la sociedad actual no puede esperar remedio alguno de este orden? aparece de esta suerte en todo su valor. **CRISTIANDAD** nunca se ha propuesto otro objeto que plantear este problema, y dar a conocer la respuesta Pontificia.

BALMES, "TIPO DE FILÓSOFO CRISTIANO"

Balmes habla de Santo Tomás

CRISTIANIDAD deltará por lo menos un número a tratar del filósofo vicense; no puede faltarle, sin embargo, un recuerdo especial en el presente, en que se describen los incidentes de una lucha —la restauración de la filo-

sofía tradicional— en la que figuró como uno de sus más esforzados campeones.

Entresacamos al azar uno de los innumerables fragmentos en que nos habla del Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino:

Escuchemos los ardorosos y elocuentísimos acentos del filósofo de Vich: "El gran tipo de las escuelas teológicas, el modelo de donde no han apartado sus ojos durante muchos siglos, son las obras de Santo Tomás de Aquino; y con entera confianza podemos retar a nuestros adversarios a que nos presenten un jurista ni un filósofo donde se hallen expuestos con más lucidez, con más cordura, con más noble independencia y generosa elevación, los principios a que debe atenerse el Poder civil. Su tratado de las leyes es un trabajo inmortal; y a quien lo haya comprendido a fondo, nada le queda que saber con respecto a los grandes principios que deben guiar al legislador. Vosotros, los que despreciáis tan livianamente los tiempos pasados; que os imagináis que hasta los nuestros nada se sabía de política ni de derecho público; que allá en vuestra fantasía os forjáis una incestuosa alianza de la religión con el despotismo; que allá en la oscuridad de los claustros entrevéis urdida la trama del pacto nefando, ¿cuál pensáis sería la opinión de un religioso del siglo XIII sobre la naturaleza de la ley? ¿No os parece ver la fuerza dominándolo todo, y cubierto el grosero engaño con el disfraz de algunas mentidas palabras, apellidando religión? Pues sabed que no diérais vosotros definición más suave; sabed que no imaginariáis jamás como él, que desapareciese hasta la idea de la fuerza; que no concibiérais nunca cómo en tan pocas palabras pudo decirlo todo, con tanta exactitud, con tanta lucidez, en términos tan favorables a la verdadera libertad de los pueblos, a la dignidad del hombre.

"Como la indicada definición es un resumen de toda su doctrina, y es además la norma que ha dirigido a todos los teólogos, puede ser mirada como un compendio de las doctrinas teológicas en sus relaciones con las facultades del Poder civil; y presenta de un golpe cuáles eran bajo este aspecto los principios dominantes entre los católicos. El Poder civil obra sobre la sociedad por medio de la ley; pues bien, según Santo Tomás la ley es: *Una disposición de la razón enderezada al bien común y promulgada por aquél que tiene el cuidado de la comunidad. Quaedam rationis ordinatio ad bonum commune, et ab eo qui curam communitatis habet promulgata.*" (Sum. Theol., I-II., q. 90, a. 4),

Fr. Norberto del Prado, O. P., habla de Balmes

El ilustre profesor de la Universidad de Friburgo reconoce el mérito de Balmes hasta el punto de saludarle

con el epíteto que encabeza esta página, y de compararlo con el mismo Angélico Doctor, nuestro Patrono y modelo común. No cabe mayor elogio en boca de quien lo tributa:

Al pasar la vista por los escritos de Balmes pronto son de notar la hidalguía de su entendimiento, la alteza de miras, la rectitud y lealtad de sus intenciones, la animación y claridad de su lenguaje, el rico patrimonio de su saber y el amor firme y sereno de la verdad; y todas estas excelentes cualidades, informadas, digámoslo así, y vivificadas por una veneración alta y profunda y cariñosa a un tiempo mismo, hacia la persona y las doctrinas de Santo Tomás de Aquino.

Cuando Balmes habla del Angélico Doctor, su corazón y su inteligencia van acordes en la expresión de lo que siente y de lo que piensa; ve, admira y ama. La sinceridad de los elogios que el filósofo de Vich prodiga con tanto encarecimiento al Angel de las Escuelas, son un efecto espontáneo y como natural de su nobilísima alma y de la claridad de sus convicciones; y porque vió mucho en el estudio y lectura de las monumentales obras del Santo Doctor, acude a ellas presuroso en busca de la luz que esmalta las páginas de las suyas propias. En sus escritos nos ha legado Balmes ejemplos insignes que imitar; y no es el menos apreciable ni el menos interesante [...] aquella cualidad que Balmes mismo no se cansaba de admirar en Santo Tomás de Aquino. Balmes, al trazar el retrato del Angel de las Escuelas con tanta expresión de verdad y belleza de colorido en su obra *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, lo dejó perfectamente acabado presentando de un sólo rasgo la fisonomía moral del Santo Doctor. He aquí la última, y como última, la más hermosa pincelada: "Sobre todo, lo que se repara en sus obras y esto es altamente conforme al espíritu del catolicismo, es una moderación, una templanza en la exposición de las doctrinas, que si la hubiesen imitado todos los escritores, a buen seguro que el campo de las ciencias se hubiera parecido a una academia de verdaderos sabios, y no a una ensangrentada palestra donde combatían encarnizadamente furibundos campeones. Basta decir que es tanta su modestia, que no recuerda un sólo hecho de su vida privada ni pública; allí no se oye más que la palabra de la inteligencia que va desenvolviendo sosegadamente sus tesoros; pero el hombre con sus glorias, con sus adversidades, con sus trabajos, y todas esas vanidades con que nos fatigan generalmente otros escritores, todo esto allí desaparece, nada se ve."

Balmes siguió muy de cerca al Angel de las Escuelas en la imitación de tan singular virtud. No fué únicamente admirador especulativo del Doctor Angélico, fué además su fiel discípulo en esa moderación que tanto enaltece los juicios del sabio y en esa templanza que tanto avalora la verdad misma de las doctrinas. De los escritos de Balmes cabe también decir: *Allí no se oye más que la palabra de la inteligencia que va desenvolviendo sosegadamente sus tesoros.*

Un rasgo delicado de la caridad cristiana medieval

LA DOTACION DE DONCELLAS POBRES

I

La leyenda de San Nicolás

En una de las colecciones artísticas más notables de Barcelona, existen dos retablos del mejor gótico catalán representando ambos, de modo expresivo y realista, a la usanza de la época, escenas y pasos diversos de la vida y milagros de San Nicolás, el obispo de Mira, tal como era vista y concebida en la Edad Media, a través de los bellos y poéticos relatos de la Leyenda de Oro. Una de las pradelas de estos retablos nos presenta el cuadro ingenuo de la alcoba de tres hijas, acostadas en su lecho, cuyo padre se muestra en actitud meditativa, mientras, en el fondo, por una ventana abierta en la habitación, una figura venerable, deja caer en la misma una pequeña manzana de oro. Es San Nicolás, el glorioso taumaturgo que ante la congoja del padre que no puede casar las hijas por carecer de bienes con que dotarlas, ha acudido en su socorro, dejando milagrosamente por la noche, aquel donativo, que será grata sorpresa para las muchachas al despuntar el alba y les permitirá poder realizar unas legítimas y honradas nupcias.

No es frecuente tal representación artística entre nosotros y se basa, indudablemente, en el relato que *Jacobo de Voragine* nos dejó en su *Leyenda Aurea*, sobre uno de los primeros rasgos en que se manifestó la caridad de Nicolás, el joven rico de la ciudad de Pátara, que muertos sus padres, empezó a pensar cómo emplearía tal cantidad de riquezas, *non ad laudem humanam sed ad Dei gloriam*, y como tuviera noticia que un vecino suyo, había resuelto remediar su pobreza, dedicando sus tres hijas vírgenes al comercio infame, y poderlas así mantener con las ganancias de tan deshonrosa ocupación, horrorizado el joven de tamaño propósito, juzgó ser ésta oportuna ocasión para ejercer su caridad evitando de paso, la desgracia moral en que iba a caer aquella familia. Discretamente, arrojó una noche por la ventana de la casa en que ésta vivía una bolsa de oro, que pudo ser la dotación de la primogénita de las muchachas, y lo mismo hizo varias veces más duplicando la cantidad y desapareciendo siempre bajo el sigilo de la noche, hasta que por fin, puesto el padre al acecho, descubrió el bienhechor en la figura del joven Nicolás que huía ligero hacia su palacio rehusando el homenaje de gratitud y devoción que intentaba prestarle el favorecido padre. (*Jacobo de Voragine. Leyenda opus aureum*. En la edición de Claudio de Rota, 1536, ocupa el fol. IV.)

Poco interesa, a nuestro objeto, inquirir sobre la realidad histórica del relato antecedente, así como la del milagro representado en los retablos medievales catalanes. Pero la invocación popular de San Nicolás como patrono de las doncellas casaderas, en la Edad Media y siglos posteriores, ofrece el interés y el valor de un símbolo: símbolo de una *necesidad social*, fuertemente sentida, y de una *obra* de cristiano espíritu, destinada a su satisfacción y remedio. Séanos permitido en estas páginas, penetrar algunos aspectos de una forma delicada en que se ejerció la caridad cristiana de los viejos tiempos.

II

Las "doncellas pobres" en la sociedad medieval

En todas las épocas se ha sentido como una grave necesidad la carencia de aquellos medios económicos que dificultan o llegan a imposibilitar la celebración del matrimonio y la consiguiente fundación de la sociedad familiar con aquel mínimo de estabilidad que asegure su normal desenvolvimiento. Por las particulares con-

diciones que concurren en ella, es la mujer afectada de modo especial por esta necesidad, que llega a adquirir las características de un verdadero problema moral, al exponerla a los innumerables peligros que comportan su aislamiento, debilidad y pobreza. En plena Edad Media, aparece esta necesidad en el ambiente social de los diversos estados cristianos, como sentida con especial agudeza. Las personas débiles, se hallaban entonces más faltas de protección que en la actualidad. Tal vez podía sumarse a esto algunos factores concretos de índole jurídica que hacían más indispensable la dotación o posesión de ciertos bienes. Recordemos que la organización señorial, imperante en todo el Occidente europeo, implicaba numerosos gravámenes sobre las clases inferiores principalmente rurales y uno de ellos consistía en la necesidad, por parte de la mujer, de obtener la autorización del señor respectivo para contraer matrimonio, especialmente si se trataba de una unión con un asentado en tierras de otro señorío, autorización que el señor solía conceder mediante la percepción de una determinada cantidad, que si bien, la costumbre llegó a fijar en una módica suma (dos sueldos y ocho denarios, hallamos en textos catalanes), la arbitrariedad señorial podía hacer subir inmoderadamente. Por otra parte, es preciso tener presente la progresiva penetración del derecho romano, en los diversos países, conforme avanza la Edad Media, una de cuyas instituciones, en lo que respecta al régimen matrimonial de bienes, consistía en la aportación de la dote por parte de la mujer, frente a las "arras" (en la terminología castellana) de la vieja *concepción* popular germánica que las concebía como una dotación por parte del marido. Todo parece conducir a una estimación mayor del factor económico entre los que contribuían a la anudación del vínculo matrimonial, precisamente cuando las circunstancias históricas llevaron de la mano épocas de crisis y desastres económicos, como son las que llenan la mayor parte de las décadas bajo-medievales, guerras largas y crueles en casi todos los reinos, la memorable peste negra que diezmó sensiblemente los países europeos..., etc.

Pero en la Edad Media, profundamente cristiana y espiritual, hay que reconocer que no había mal, necesidad o peligro que no fuera sentido de modo solidario por el cuerpo social y para cuyo remedio o atenuación no se pudiese en movimiento la actividad y el espíritu de particulares y de instituciones. Por esto la caridad cristiana, que creó y estableció órdenes redentoras para los cautivos, hospitales para los leprosos, "almoynas" para los pobres, y cien mil más para cada una de las diversas llagas que aquejaban la doliente sociedad del medioevo, creó también fundaciones y obras pías destinadas específicamente a la dotación de doncellas pobres, fomentando así la celebración de legítimos matrimonios, evitándose muchas veces su ruina moral y contribuyendo siempre al mantenimiento de la moral pública. Un delicado rasgo de la caridad cristiana, puesto que así como se acercaba al pobre desvalido, al repugnante leproso, o al infeliz cautivo, sabía también acercarse a la muchacha necesitada de un socorro y una ayuda moral y material a la vez, en momentos críticos para su vida y su porvenir.

III

Fundaciones para muchachas pobres en la Edad Media europea

Uno de los primeros testimonios del ejercicio de esta forma de caridad, sea tal vez la disposición testamentaria de Roberto, conde de Bolonia, que en 1314 legaba cien libras para casar las hijas pobres de sus tierras de Au-

A GUISA DE TERTULIA

vernía, no dejando de ser significativo que se trate precisamente de un señor feudal, que favorece a las hijas de sus vasallos o moradores de sus dominios, gentes obligadas por lo regular, según acabamos de aludir, a un cúmulo de gravosas prestaciones, algunas de ellas originadas precisamente por razón del matrimonio de las hijas. Estos legados y fundaciones destinadas a la obra pía de casar doncellas pobres, se extiende rápidamente por doquier y vemos igualmente a nobles, burgueses y clérigos dejando en sus testamentos cantidades a este fin. En el Sur de Francia son frecuentes las dotes de cinco a diez escudos "*per las piuselas maridar*". Y en el resto del país, así como en Italia, florecen igualmente durante los siglos XIV y XV. Un día es el médico Pedro de Auxon, que deja una porción de su herencia "*pro uxorando pauperes filias*". Otro día, es el droguero de París, Juan de Augelin, que deja diez francos a diez pobres para casar a cada una según arbitrio y ordenación de diez ejecutores por él designados. A mediados del siglo XV un canónigo de Colonia lega a su Villa natal, Dorsten, una suma elevada, con cuyos intereses se formarán dotes para casar anualmente a veinte muchachas de la Ciudad, imponiéndoles la obligación de asistir a una misa en sufragio del testador... Pero no solamente disposiciones particulares aisladas, sino que bien pronto se organiza esta actividad caritativa en alguna de aquellas modalidades corporativas tan gratas al mundo medieval y de tan positiva eficacia. Y así, ya en el mismo siglo XIV hallamos establecida en Roma la Archicofradía del "Gonfalone" y en el siglo XV de la Santísima Anunziata", que recibían ofrendas para "*...dotare le povere fanciulle et salvarle della seduzione*". Y por la misma época la Archicofradía de Santa María de la Misericordia en Florencia, se ocupaba del entierro de los difuntos, del cuidado de niños abandonados, distribución de vestidos a los pobres y prisioneros y junto a ello de las dotes para muchachas a casar. Estas fundaciones se multiplicaron, y al lado de las que tenían una existencia autónoma hay que situar las que vivían en el seno de toda clase de entidades religiosas o corporativas. En Milán, eran las parroquias las que acogían tales fundaciones, y en muchas partes fueron las cofradías gremiales que incluían entre las actividades mutualistas de socorro para sus agremiados la de dotación de las hijas de los mismos que debieran contraer matrimonio.

IV

Su desarrollo en la Edad Moderna. Las Cofradías Italianas

La Edad Moderna recogió y desarrolló este espíritu y estas obras nacidas y animadas siempre al calor de la caridad cristiana en el medievo. Aquellas cofradías y fundaciones incipientes, se estructuran y se organizan con perfiles definidos y desenvuelven una ascendente actividad concorde con sus fines. Lallemand, en su magnífica *Histoire de la Charité* (París, 1906), IV, p. 451 y S. S., nos ofrece detalladas descripciones de varias de ellas. Hemos aludido ya a una, la de la Anunziata, en Roma. Había sido fundada en 1460 precisamente por un dominico español, Juan de Torquemada, bajo los auspicios de Pío II, "movido por la excelencia de una tal obra de casar jóvenes pobres, evitando la pérdida de muchas almas a consecuencia de la pobreza o de falta de vigilancia, así como útil para acrecentar la población con nacimientos legítimos debidos a santos matrimonios, pudiendo tal caridad contribuir además, al aumento de vírgenes consagradas a Dios". Y en efecto, acostumbran tales fundaciones a admitir la doble finalidad de las dotaciones de muchachas, ya para el matrimonio, ya para entrar en religión. Esta cofradía romana, en 1679, podía ya dotar anualmente a 400 muchachas, cada una de las cuales recibía 60 escudos, un vestido blanco y un florín, para calzado. Nutría sus fondos de donaciones diversas entre las que no faltaban las de los mismos Papas. Cuidaban de su administración, cuatro damas de la nobleza romana, *prioras*, que preparaban y seleccionaban las muchachas aspirantes a los premios. Debían ser éstas, vírgenes pobres, honestas "de buena fama, hijas legítimas, nacidas en Roma o que residen en la ciudad desde antes de los diez años,

prefiriéndose siempre las huérfanas. Tres veces al año: marzo (fiesta de la Anunciación), mayo y septiembre, se celebraba el acto de entrega de los premios a las muchachas agraciadas, mediante una ceremonia religiosa solemne, a la que se invitaba gran número de damas nobles, quienes presenciaban la entrada en procesión de las doncellas vestidas de blanco y llevando una antorcha flamante. Con parecido ritual se verificaba la entrega de las dotes en otras cofradías.

V

Las fundaciones dotales en Francia

Al igual que en Italia, se desarrollaron en Francia, estas fundaciones y obras pías, durante la Edad Moderna. El auge de la vida económica y el creciente aumento de la riqueza, fruto del notable desenvolvimiento del comercio e industria, posibilitó un incremento en la munificencia de bienhechores y fundadores. En el Hospital de Aix existían 46 fundaciones anuales para dotar muchachas, oscilando entre 60 a 37 libras. La elección de éstas estaba a cargo de los Rectores del establecimiento, junto con las superiores de ciertos monasterios y los Cónsules y Jurados de los poblados en torno de la villa. Las elegidas debían reunir las condiciones de honestidad y pobreza, nacimiento en la ciudad, y a veces ser huérfanas, excluyéndose específicamente las sirvientes. La forma del otorgamiento de la dote difería aquí de la que hemos visto en la cofradía de la Anunziata, de Roma. El primer martes de cada mes se presentaban las aspirantes en la oficina del Hospital, con el que debía ser su marido, es decir, que se trataba de matrimonio concluido, y con las correspondientes partidas de bautismo. Examinando estos dos aspectos, el Rector hacía un informe que se exponía públicamente el domingo próximo, declarando la admisión o exclusión de la solicitante. Caso afirmativo, se invitaba a la celebración del matrimonio antes del tercer martes de aquel mes, y una vez celebrado, se procedía al libramiento de la correspondiente cantidad.

Especial mención hay que conceder a la fundación establecida en 1573 por el Duque y Duquesa de Nevers, para dotar anualmente 60 muchachas pobres, y que fué aprobada por el Papa pocos años más tarde. De la ejecución de los estatutos y reglamentos cuidaba una comisión superior con sede en París, integrada por altos personajes de las Cámaras y Parlamentos y por eclesiásticos. Se elegía una muchacha por parroquia de las que pertenecía a los duques, para conceder la dotación, lo cual se verificaba el Domingo de Pascua Florida, a cargo de un grupo de parroquianos, al salir de misa, atendiendo siempre a su mayor necesidad, y a que reuniera ciertas condiciones (mayor de 16 años, hija legítima de la parroquia o bautizada en ella, de buenas costumbres) y que fuera familiar o estuviera al servicio de los lectores. El martes de Pascua, todas las elegidas por las parroquias, se reunían en la cabeza del distrito, y al salir de Misa se alineaban para recibir cada una, un billete cerrado que iba distribuyendo un niño, y que una vez abierto designaba si era o no agraciada la muchacha con el dote, según le tocase un billete con la inscripción "Dios te ha elegido" (de los cuales se hacían tantos como limosnas había disponibles), o "Dios te consuele". El siguiente lunes de Pentecostés, las casadas recibían 50 libras; y a las no casadas, se les reservaba la suma, hasta que encontraran un partido conveniente.

VI

Las "doncellas a maridar" en tierras de España

No menos que en estos países europeos, fué conocida y desarrollada entre nosotros, tan generosa y delicada modalidad de caridad cristiana. Pero no tenemos estudios de conjunto que ofrezcan el floreciente desenvolvimiento y organización de tales obras, a pesar del rico caudal de noticias que los documentos de nuestros archivos suministran a cada paso. A modo de datos aislados recordemos la floración, en nuestras tierras, de verdaderas fundaciones destinadas al objeto que venimos tratando, las "*Obras pías de doncellas a maridar*" establecidas en pa-

VII

Persistencia actual de estas obras y su espíritu

Las ideas dominantes en los últimos siglos de la Edad Moderna, se manifestaron adversas a estas obras de caridad y asistencia social, por el espíritu cristiano y corporativo que las animaba. Ya sabemos cómo murieron gremios y cofradías, fundaciones y Almoynas... bajo el huracán individualista y laicizante de las nuevas ideologías. Pero es que, además, la obra que nos ocupa recibió la especial animadversión de la clase de los economistas, principalmente de la escuela de Malthus o sistemáticamente hostiles a lo que pudiera favorecer el matrimonio de clases pobres. De otros sectores partieron también críticas contra esta modalidad de asistencia social. Las instituciones humanas, pueden ser siempre susceptibles de abusos, es cierto. Pero estas obras dotales, eran buenas en sí mismo, y ya sus fundadores se esforzaban en evitar que este dinero fuera dilapidado absurdamente sin provecho para los que debían casarse. En el reglamento de una de estas fundaciones, francesas, se decía textualmente: Les filles seront averties de "ne fair aucun frais de noces a pein de privation de leurs au mônes qui seront réservées pour marier d'autres filles". Vid. Lallemand, *loc. cit.*

Hoy día, las modernas orientaciones y realizaciones de la Previsión Social, han asumido buena parte de aquellas generosas finalidades que se propusieron los buenos corazones de la Edad Media, al sustituir y favorecer semejantes fundaciones. Pero el espíritu que las animó pervive aún en el seno de la vida cristiana. Y no solo esto, sino que muchas de aquellas fundaciones nacidas en pasados siglos, existen y funcionan aun en nuestros municipios y en nuestras parroquias, como podemos constatar reiteradamente en esta misma región catalana, y como nos lo recordaba, no hace mucho, una perdida noticia de corresponsal inserta en la prensa diaria dando cuenta de haberse efectuado en la ciudad de Olot, a la salida de misa mayor de una determinada festividad, el sorteo para elegir las doncellas que habían de usufructuar en aquel año el premio dotal establecido por una piadosa fundación (1).

Mientras tanto, el bueno de San Nicolás, no ha dejado de ser el varón espléndido y generoso, protector de las doncellas y hoy, también de los niños. Aquellas acuden aún en las viejas ermitas de su nombre golpeando con el aldabón de su puerta a suplicar con fiado: "Sant Nicolau, que marit me'n dau". Estos saben que el día de su fiesta es el día de los aguinaldos, que San Klaus, o Sinter Klaas, como es conocido en los países nórdicos, monta un caballo blanco, que lleva mitra sobre sus cabellos de plata, y empuñando un báculo dorado, cabalga sobre los tejados, con su escudero, Pikkie, un moro terrible que mete en un saco a los niños malos. Pero aquel día se muestra bondadoso, y subiendo ambos por las escaleras, echan sus bombones por la puerta entreabierta, y los muchachos ruedan por el suelo para alcanzar las golosinas.

J. M.^a Font Rius

Catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Murcia

(1) Fundada por D. Bernardo Vilar y Bolos, en su testamento de 30 de Octubre de 1818.

roquias y municipios, y que ya en plena Edad Media realizaban entre nuestra sociedad la benéfica función que hemos advertido en países vecinos, como también el ejercicio de esta función, por las Cofradías y Gremios que lo incluyen entre sus socorros mutuales, pudiendo citarse entre otros, al Gremio de Curtidores de Barcelona, en cuyas Ordenanzas, de 1340, se establecía la dotación, a cargo de la Cofradía, de todas las Doncellas, hijas de Cofrades con la cantidad de 20 escudos. (Rumeu, *Historia de la previsión social*, p. 135); y de igual modo concurren los particulares por medio de herencias y mandas al establecimiento de tales obras.

A principios del siglo XVI (concretamente en 1516), Lorenzo, Abad de Ager, en tierras leridanas, instituyó una *caritat*, para que anualmente se diesen 5 libras de moneda corriente a cada escolar natural de la villa de Castelló de Farfanya, atendido —dice— a que muchos, por su pobreza, no podían estudiar para el sacerdocio, y otras 5 libras para casar niñas del mismo lugar o entrar en religión. Dejaba patronos de esta obra al Prior y más ancianos de la Cartuja de Scala Dei. Documentos de Traggia, existentes en la Academia de la Historia (Madrid), tomo 136, folio 127 (referencia a Caresmar..., fol. 811). Y este cuidado e interés por las doncellas núbiles se manifiesta asimismo con carácter popular en las letras de recomendación que expidieron los *consellers* de una humilde localidad catalana, Sampedor, en el año 1511, recomendando a la caridad de los fieles a un pobre vecino de dicha villa que salía a recoger limosnas con su hija, "fadrina ja molt maridora", como fuese que "possibilitat no sia en sa casa per maridarla". (Publica el documento M. A. Vila, Pbro., en el *Butlletí del Club Pirinenc de Tarrassa*, vol. III, 1927 - 29, p. 44.).

Cada vez más frecuentes, fueron en la Edad Media los legados y disposiciones testamentarias que incluían junto a limosnas para sufragios, pobres y hospitales, las destinadas a dotación de muchachas pobres. Y así no resulta extraño en modo alguno que la misma legislación llegase a recoger tal espíritu y tal costumbre según puede verse en una Pragmática del rey Felipe IV, dada en el año 1623. Se establecía en la misma que "por la pobreza y necesidad de que muchas mujeres están sin disposición" de poderse casar, deseando disponerles de algún socorro, "ordenamos y mandamos que de aquí en adelante los bienes que hubiere mostrencos en cada lugar (es decir sin dueño) sirvieran y se apliquen para casamiento de mujeres pobres y huérfanas... con atención a la edad, calidad y pobreza, así como la prelación en caso que haya más de una". Y, sigue la misma pragmática: "Que entre las demás mandas forzosas de los testamentos entre de aquí adelante la de casar mugeres huérfanas y pobres y que haya obligación de dexar alguna cantidad para esto..." Y encarga a los Prelados que, "por sí mismos en lo que pudieren, examinando las obras pías que hubiere en sus Obispos, apliquen las que hallaren menos útiles a casamientos de huérfanas y pobres, pues es obra tan meritoria, y lo mismo las obras pías que no tuvieran aplicación particular, de suerte que se entienda estarlo a esta..." (Está incluida en la *Novísima Recopilación*, libro X, fol. III, Ley VII.)

Por un descuido, que somos los primeros en lamentar, se omitió en nuestro número anterior la introducción que había de acompañar a la crítica de la película «Siguiendo mi camino»; en donde se hacía constar, como en la Razón del número, la procedencia de la mencionada crítica.

La publicamos a continuación:

Por espacio de mucho tiempo, y desde comienzos de la presente temporada, se viene proyectando en los principales locales de toda España, con indiscutible éxito, dicha película. La discusión sobre si debe ser censurada o elogiada ha dado lugar a prolongadas controversias. A título de orientación para nuestros lectores, por estimarlo muy ponderado, incluimos a continuación lo publicado sobre el tema por la prestigiosa revista «Hechos y Dichos».

COMENTARIO INTERNACIONAL

Los agobiantes problemas de la hora presente

Inútiles tentativas para pacificar al mundo

Han terminado las hostilidades entre las grandes potencias, pero no se ha apagado todavía el trágico manejo de las armas. Se lucha aún con encarnizamiento en varias regiones del globo; pueblos enteros que creyeron que la hora de su libertad había llegado, comprenden ahora la verdadera naturaleza de unos principios y el significado auténtico de unas expresiones, en labios no católicos, no cristianos. Por si ello no fuera suficiente, las rencillas políticas, las persecuciones, la venganza sangrienta, el vandalismo, el asesinato, las represalias, continúan su obra destructora en casi toda la superficie de la tierra. El odio se ha enseñoreado en un grado indescriptible en los individuos y los pueblos. ¡Cuán lejos estamos aún, si Dios Nuestro Señor no lo remedia, de aquel verdadero espíritu de caridad fraterna, indispensable a toda tarea de reconstrucción digna de tal nombre!

En este ambiente cargado de desoladores presagios, en el que falta la confianza entre las naciones y en el cual todos preparan sus armas sin saber, tal vez, contra quien han de ser usadas, se reúnen las grandes potencias vencedoras y aquéllas que un día se unieron al cortejo victorioso. El mundo va a ser estructurado —no se sabe exactamente cómo— para impedir el estallido de nuevas guerras. La base de todo será la *libertad*; libertad absoluta, sin paliativos, pero contando siempre con la aquiescencia de los poderosos, verdaderos definidores de lo lícito y de lo ilícito.

El contrasentido es enorme. La situación angustiante. La ilusión de los pueblos no existe. La verdadera preocupación, la única posiblemente, es la bomba *atómica* o cualquier nuevo invento de la ciencia capaz de dar a un Estado la hegemonía mundial.

No caigamos en fáciles infantilismos. Bien está que se busque alguna especie de cooperación universal, pero no olvidemos que las verdades enseñadas por la Iglesia se mantienen en todo su valor; las repetiremos una vez más:

"Cuántas tentativas se han hecho hasta ahora para pacificar al mundo han tenido muy poco o ningún éxito. No hay institución humana alguna que pueda imponer a todas las naciones un Código de leyes comunes acomodado a nuestros tiempos... Pero hay una institución divina que puede custodiar el Derecho de gentes... la Iglesia de Cristo. Y ella es la ÚNICA que se presenta con aptitud para tan grande oficio... No hay paz de Cristo sino en el Reino de Cristo. No podemos trabajar con más eficacia para afirmar la paz que restaurando el Reino de Cristo" (1).

Por el olvido de tales doctrinas fracasó la Sociedad de Naciones, como fracasará irremisiblemente cualquier organización fundamentada sobre principios análogos. ¿Es posible que los 12 puntos de Truman tengan mayor éxito que los 14 puntos de Wilson?

Un nuevo totalitarismo

No se da importancia vital al factor hombre. Pueblos enteros son víctimas de un hambre cruel, desoladora. De todas partes llegan demandas de auxilio. Recordemos entre tantas citas como podríamos hacer sobre la angustiada situación del mundo, la ayuda solicitada a los católicos por los obispos

(1) Pío XI Encíclica *Ubi Arcano Dei*.

de Lituania, hoy en el destierro, "para socorrer las necesidades de los que viven reducidos a la extrema necesidad careciendo de vestido, de alimentos y de medicinas"; la gestión realizada por el Arzobispo Primado de Austria, Monseñor Robrachner, en Ginebra, implorando la ayuda de la Cruz Roja Internacional y de los Obispos suizos: "La pobreza de Austria es inmensa —ha dicho el Primado—; ni siquiera los enfermos y los heridos pueden ser curados convenientemente".

Y para *remediar* tanta miseria y necesidad, se obliga a millares y millares de familias a abandonar su casa, su pan, para trasladarse a regiones desoladas por la guerra y el hambre, donde les espera, probablemente, la muerte más atroz. Desconocemos el resultado que haya podido tener la protesta de los 159 diputados del Parlamento inglés contra tan exacrables deportaciones, pero la voz del Sumo Pontífice se ha levantado una vez más en las pasadas Navidades contra tamañas injusticias fruto de "un nuevo totalitarismo" (2).

Totalitarismo que se cubre con artilugios de naturaleza distinta, y que recorre toda la gama de disfraces, desde la proclamación de una sectaria *libertad* hasta la persecución declarada. Veamos, por vía de ejemplo, la triste situación en que se halla la Iglesia Católica en Yugoslavia. Para ello será suficiente la lectura de varios fragmentos de un discurso de Tito, pronunciado el cuatro de junio del pasado año (3):

"Yo personalmente —decía Tito— desearía que nuestra Iglesia se convirtiera en nacional y que se adaptara mejor a la idea nacional. Pero ya se ha derramado demasiada sangre y ya he visto demasiados cambios. Así pues, deseo que el sacerdocio croata esté más sujeto a la nación de lo que está ahora. Debo decir claramente que no asumo la responsabilidad de condenar a Roma, vuestra autoridad suprema. No, no haré eso. Pero he de decir que mirando las cosas de manera crítica se ve que esa autoridad ha estado más inclinada a la nación italiana que a la nuestra. Me gustaría que ahora la Iglesia croata estuviera más independiente, hasta allí donde las posibilidades para ello existan. Esta es la cuestión fundamental que deseamos resolver. Todas las demás son secundarias y se resolverán fácilmente. Yo, por mi parte, digo que me tomo esto a pecho; esta misma idea la comparten gran parte de mis asociados.

"Deseamos crear una gran comunidad eslava del sur. En esta comunidad habrá católicos y ortodoxos sólidamente unidos a todos los otros eslavos. En esta comunidad habrá muchos más ortodoxos que católicos. Lo que significa que las relaciones entre las Iglesias católica y ortodoxa tendrán que estar coordinadas a la gran idea del *rapprochement* y estrecha colaboración entre todas las naciones eslavas que tanto han sufrido por su separación. Estos sufrimientos alcanzaron su cima durante esta guerra que fué urdida para la exterminación de las razas eslavas. Estos, pues, son mis pensamientos" (4).

Entre las falsedades que contiene, la declaración anterior es una invitación, clara y terminante, al cisma; respira, en el fondo, la falsísima idea, bastante general por desgracia, que "todos somos unos"; de que las diferencias entre la ver-

(2) Pío XII. Discurso al Sacro Colegio Cardenalicio. (Diciembre de 1945).

(3) Dirigido a una delegación de la clerecía católica de Croacia, presidida por el Obispo auxiliar de Zagreb, doctor Salis Sevis.

(4) *The Tablet*, 16 de Junio de 1945, pág. 282.

dad y el error, son accesorias, superficiales. Todo ello encubriendo veladas amenazas, que, en parte, han sido ya cumplidas.

Persecución hasta el aniquilamiento

Otros muchos aspectos podríamos señalar de la actual persecución en el mundo. Nos limitaremos a reproducir algunos párrafos de una reciente pastoral del Episcopado húngaro:

“No hay otro país que haya adoptado tan depravada actitud en relación con la indisolubilidad del matrimonio como la nueva ley húngara que ahora trata de él. Todo esto no puede ser considerado como un error accidental, puesto que concierne a uno de los más importantes postulados del derecho natural. ¿Qué puede esperarse de tal democracia, de tales partidos, de tales tendencias, que, sin ser autorizadas ni competentes, han tenido la audacia de pasar por encima de un pilar tan esencial de la vida común? ¿Podemos todavía creer que estos hombres, una vez en el poder, van a respetar los derechos humanos fundamentales, si hoy, sin poder y sin competencia, se atreven a poner sus manos sobre una ley respetada por todos los hombres morales y patriotas?

Y prosigue:

“En todo el país, y particularmente en ciertas regiones, se tiene verdadero placer en arrestar a los ciudadanos con el pretexto de vagas sospechas, de rencillas personales o secretas manipulaciones políticas; y el acusado, ni siquiera sus amigos, tienen la menor idea de los motivos del arresto, o de la inflexibilidad de las autoridades locales. Un sacerdote, que por razón de una enfermedad pulmonar había pasado años en un sanatorio, fué sentenciado a trabajos forzados por haber protestado de la disolución ilegal de una sociedad católica en su pueblo. Otros eclesiásticos fueron detenidos por sus sermones en el día de San Esteban.

“Pero de mayor importancia a estos hechos, el jefe de la Policía política ha declarado que los sacerdotes serían deportados a Siberia si continuaban oponiéndose al presente régimen. Todo esto puede representar muy bien excesos por parte de ciertos individuos, pero tales excesos están siendo multiplicados de manera alarmante.

“No tengáis miedo de las amenazas de los hijos del mal. Es mucho más fácil soportar las amenazas que encontrarse encerrados en el camino marcado a nuestro pueblo por hombres sin escrúpulos y sin conciencia. La violencia y la tiranía no cesarán de crecer si no se encuentran con una resistencia firme. La tiranía sólo pretende hoy forzar nuestros votos. Mañana querrá enviarnos a trabajos forzados. Al día siguiente nos llevará a campos de concentración y, finalmente, seremos perseguidos hasta el aniquilamiento.” (5).

Una verdadera guerra disfrazada de paz

Los textos que hemos reproducido son altamente significativos. Una ola de horrores y miserias amenaza sepultar al Mundo. La Humanidad necesita luz, verdadera luz: es imprescindible que la doctrina de la Iglesia llegue a toda la tierra, a todos los hombres; que la palabra del Vicario de Jesucristo sea entendida y comprendida por los pueblos; que los corazones sientan verdaderamente que la Iglesia es Madre de todos, de los individuos y de las naciones. Esta es la única preparación indispensable para que en el orbe reine la auténtica paz.

A lograrlo contribuirá, indudablemente, una notabilísima Carta Pastoral recientemente publicada por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Francisco Blanco Nájera, Obispo de Orense, que hemos tenido el honor de leer últimamente, en su íntegro texto (6). En dicha Pastoral, examina el dignísimo

Prelado la situación de España y del Mundo, con una certera visión de los hechos en orden a la consecución de la “única paz posible”, la paz de Jesucristo.

“Por desgracia para la Humanidad—escribe el doctor Blanco—los dirigentes del Mundo actual no quieren o no aciertan a comprenderlo; y a nuestros labios sube, como dice el Santo Padre, la dolorida expresión del evangelista San Juan: “Lux in tenebris lucet et tenebrae eam non comprehenderunt”. La luz resplandece en medio de las tinieblas y las tinieblas no la han recibido.

“He aquí por qué, las naciones triunfantes, después de haber enmudecido el estruendo de las armas y haberse dado por terminada esta guerra, la más sangrienta y horrorosa que han conocido los siglos, no obstante los anhelos universales y ardientes de paz, *no encuentran ni pueden encontrar la verdadera paz.*

“Han negado a Dios la Gloria que le corresponde como Creador y Redentor de los hombres, Dueño y Señor de los reinos y de las naciones, y sólo buscan la gloria propia, la ambición desordenada, la orgullosa estatolatría, la hegemonía desmedida sobre los demás, y, el resultado de esta soberbia exaltación, es la desconfianza mutua, el recelo, la inquietud, la envidia, la guerra sorda y latente de los espíritus.”

Analiza el ilustre Prelado, a continuación, los juicios que se siguen contra los “criminales de guerra” y los perseguidos por sus ideas políticas, con las siguientes palabras:

“El sentimiento de justicia anda envuelto en pasiones terribles, que buscan liquidar a los adversarios vencidos ante unos tribunales cuya única norma, no pocas veces, es la venganza personal, con criterios jurídicos nuevos creados por los mismos vencedores, y a través de un aspecto judicial que las edades futuras no podrán menos de considerar en muchos casos inepto y reprobable para estos juicios que casi siempre terminan con la pena capital.

“Tendrá el vencido muchas culpas ciertamente y por ellas merecerá el castigo, pero, quién sabe si a veces, la mayor de todas es la de haber sido vencido. El importante periódico londinense *The Observer*, al comentar en su editorial el procesamiento de los grandes criminales de guerra nazis escribe lo siguiente: “Los hombres honrados del Mundo entero aplaudirán el auto de procesamiento, puesto que en él se reafirman los únicos valores morales que pueden salvar a la civilización. Sin embargo, los hombres honrados acaso sientan alguna inquietud por temor a que esa moralidad sirva de norma exclusiva para juzgar los actos cometidos por los vencidos, y se olvide convenientemente cuando se trata de actos cometidos por algunos de los vencedores.”

Y continúa:

“Hágase caer, si se quiere, todo el peso de la justicia sobre los dirigentes culpables—declaramos en nuestra exhortación pastoral de mayo—, pero, ¿por qué envolver en la misma criminalidad a tantos millones de dirigidos, de ciudadanos pacíficos, de mujeres, ancianos y niños, que impotentes para oponerse a la locura de sus gobernantes se vieron arrastrados por la vorágine? ¿Ni siquiera éstos son dignos del perdón y de la compasión de las naciones?”

El Santo Padre advertía en su mensaje de Navidad de 1944, que “si se presumiese juzgar y castigar no ya a individuos particulares, sino colectivamente a la comunidad entera, todo el mundo vería en este procedimiento una violación de las normas que guían cualquier juicio.”

“No lo ha entendido así—prosigue diciendo el doctor Blanco—alguno de los grupos vencedores que en su mentalidad, al estilo de los pueblos primitivos, estima que los vencidos deben convertirse en esclavos de cuyas vidas y haciendas tiene perfectísimo derecho a disponer a su antojo el vencedor.

(5) De la Pastoral firmada, en nombre del Episcopado Húngaro, por el Arzobispo de Ezergetem. (Noviembre de 1945).

(6) *Por Dios, por España y por la Verdad.* Orense, 1945.

A LA LUZ DEL VATICANO

"Por estos procedimientos de odio y de venganza no se llegará nunca a la paz justa y duradera. La paz que se obtenga será la paz que el vencedor impone al vencido, atándole las manos para impedirle que embista o se defienda, pero dejándole libre el corazón para amontonar odios que se desaten en implacables revanchas cuando llegue la hora ansiada del desquite, *paz falsa, paz dañosa, una verdadera guerra disfrazada de paz*".

Cinco victorias indispensables

Muy extraño resulta este afán persecutorio si recordamos las concomitancias altamente reveladoras desarrolladas en la preguerra, entre los pueblos hoy enemigos, y que cristalizaron en Tratados, algunos de especial relieve y significado. Así el Tratado naval anglogermánico.

"Las naciones democráticas actualmente vencedoras vivían en paz y armonía con las Potencias del Eje, y mantenían con ellas intercambios diplomáticos, económicos y comerciales amistosos.

"Más aún. Rusia, que ahora acusa a España de concomitancias con las naciones vencidas, firmó un tratado de no agresión con Alemania en agosto de 1939, y mediante ese pacto dió facilidades a esta nación para lanzar su ofensiva contra los aliados desde septiembre de 1939 hasta junio de 1941 e incluso proveyó al Reich de materias primas y víveres; invadió y despedazó a Polonia que nada tenía: de racista, violando el tratado amistoso que existía entre ambos países."

¿Cómo explicar tamañas contradicciones?

Si nos atenemos simplemente a las palabras de los dirigentes de las naciones, no comprenderemos en su exacta realidad la causa del espíritu de odio que anima a veces a los hombres, y que les impulsa a lanzarse sobre sus propios hermanos. La verdad es mucho más honda:

"Tal es indudablemente la verdadera causa de la guerra: la sed de bienes materiales, la ambición de riquezas. Sed insaciable, ambición devoradora que arma a unos hombres contra otros para luchar por su posesión, como fieras que se disputan la presa.

"Y siendo ésta la causa fundamental de la guerra, ¿cómo va a poderse encontrar la paz por el camino de las armas, ni aún por el camino exclusivo de la diplomacia, como pretenden los estadistas?"

La importancia del mal requiere un remedio proporcionado. ¿Qué remedio será capaz de sanar al Mundo?

Su Santidad Pío XII en el mensaje de Navidad de 1940 afirmaba que "para sentar los fundamentos de una nueva disciplina de las relaciones entre los pueblos", son necesarias cinco victorias: la victoria sobre el odio que divide a los pueblos; la victoria sobre la desconfianza; la victoria sobre el funesto principio de que la utilidad es la base y la

norma de los derechos y que la fuerza crea el derecho; la victoria sobre aquellos gérmenes de conflictos derivados de divergencias demasiado estridentes en el campo de la economía mundial, y la victoria sobre el espíritu de frío egoísmo.

Sin estas premisas nada definitivo podrá construirse, y por ahora no existen síntomas de que las naciones, especialmente las que pretenden dirigir el concierto de los pueblos, hayan comprendido tales verdades.

Actualidad y presencia de España

El Mundo "no acierta a reconstruir el edificio de la paz porque los encargados de levantarlo, las naciones llamadas unidas—unidas ciertamente en la guerra, pero desunidas en la paz—se miran con recelo y desconfianza y discrepan hasta en el significado e interpretación de los conceptos mismos sobre los cuales pretenden edificar. Tal sucede con la palabra *democracia*, tan traída y llevada en estos días de la postguerra. Por esto PEDIMOS A LOS ALIADOS QUE, YA QUE ELLOS NO ENCUENTRAN LA PAZ ENTRE SI, NO TRATEN DE QUITARNOSLA A LOS ESPAÑOLES, IMPONIENDONOS UNA DEMOCRACIA SOBRE CUYO SENTIDO NO ESTAN DE ACUERDO" (7).

En lo que sí parece existir acuerdo, es en los fines a que la campaña contra España va encaminada. En sus diversas manifestaciones se descubre siempre el hilo que mueve todo el tinglado cuidadosamente montado y preparado. "Si examinásemos los antecedentes, ideología y filiación de quienes más ardidamente combaten el punto de vista español, comprobaríamos que pertenecen a las mismas logias que aquellos que nos llevaron de desastre en desastre arrastrándonos a las más estériles revoluciones, motines y pronunciamientos" (8).

Y sin embargo España tiene indudablemente una misión magnífica a realizar en estas horas críticas para el mundo. Quiera Dios escuchar las plegarias de los fieles, "para que —son palabras de Su Santidad— la España católica, en las oscuridades de un momento tan difícil de la Historia como el que estamos padeciendo, pueda contribuir a la resolución de los agobiantes problemas del día, principalmente con un espíritu sinceramente cristiano, espíritu que busca la justicia, pero sabe anteponerle la caridad, espíritu que debe guiar al concierto universal del mundo para conseguir, finalmente, en la tranquilidad, en el orden y en el respeto a los derechos de todos, aquella paz que desde hace tiempo las naciones ansían" (9).

José-Oriol Cuffí Canadell.

(7) Dr. Blanco Nájera. Carta Pastoral citada.

(8) *Consignas del sectarismo internacional*. Editorial del periódico *Ya* de Madrid de 15 de febrero del año en curso.

(9) Pío XII. Discurso a los peregrinos españoles (20 de febrero del año en curso).

10

Noticiario quincenal

Del pasado Consistorio

No vamos a hacer una exposición del mismo, pues han sido bien amplias y completas las referencias de la Prensa diaria para poder seguir con detalle su marcha, y la nuestra ahora pecaría de extemporaneidad al referir cosas de un mes atrás. Nuestro noticiario no puede estar destinado a la referencia inmediata de acontecimientos, pues siendo quincenal, cualquier noticia llevará seguramente bastantes días de vida a la luz pública cuando quisiéramos darla. Su fin es resaltar aquellos acontecimientos salientes y más que en su esencia, en su significado o trascendencia.

Quedó concluso, pues, el magno hecho del pasado Consistorio; el Congreso de los Príncipes de la Iglesia se reunió por primera vez tras del período de desdichas y dificultades de la guerra; por tercera vez en la historia del Pontificado se da el caso de encontrarse completo el Colegio Cardenalicio; los nuevos Príncipes fueron investidos de su dignidad.

Hacemos esta escueta narración por cuanto entendemos que nuestra revista no puede pasar en silencio tan trascendente acontecimiento; con ella nos unimos al clamor de comentarios y júbilo de toda la Prensa mundial católica, y hasta la que sin tener esa definida tendencia, también ha tomado parte activa en ello.

De cuanto hemos visto y leído a propósito del mismo, un hecho especial queremos mencionar en nuestro comentario; aquel que refería un diario de esta localidad de cómo al iniciarse el Consistorio, en un simbólico y expresivo acto, los Cardenales ingleses dieron fraternal abrazo de paz a los alemanes. Es ello la pura esencia de cuanto decimos y defendemos. Las organizaciones supranacionales o internacionales difícilmente podrán tener éxito si no existe una base común que una sus elementos. El ejemplo que hemos vivido en las recién acabadas reuniones de la O. N. U. es bien elocuente en punto a esa inutilidad. En la comunidad de creyentes católicos que simboliza ese Colegio Cardenalicio, hay una base cierta y firme, la unidad de fe; como cosa del espíritu une; de la misma manera que la materia divide, y por ello los contrapuestos intereses materiales hacen incompatibles las exigencias de los concurrentes a la mencionada Organización.

Triunfo católico en las elecciones belgas

Sin entrar en detalles de cifras, que ya han difundido los periódicos diarios, al igual que lo hiciéramos en su día respecto a otros países, hoy nos hacemos eco de ese nuevo alarde, que estimamos tan sólo esperanzador, de la tendencia a hallar en las filas y doctrinas católicas un único remedio a los males y rencillas que dividen y afligen a la Humanidad. Con destacado número de votos va a la cabeza de la votación el partido católico belga, seguido por el socialista, con unos tres cuartos de votantes, y los liberales y comunistas, con algo menos de un cuarto de los votos del primero.

Conversiones destacadas al catolicismo

No fallamos tampoco en este número en nuestro plan de poder exponer alguna célebre conversión. Tres figuras notables han desfilado ya por esta sección: El Prof. Montana, el Director Mr. Budenz y el propagandista protestante Émile Jacquemart.

Ello podría inducir a creer que sólo hombres importantes se sienten atraídos por la verdadera luz, pero no es así;

el corazón femenino es por igual asequible a la gracia, y en prueba de ello hoy vamos a referirnos a dos mujeres.

La primera de ellas es la millonaria americana Mrs. Clara Boothe Luce, esposa de Henry Luce, propietario de las célebres revistas "Life", "Time" y "Magazine Fortune". Tras de la pérdida de su única hija en un accidente de automóvil, esta señora, que es miembro del Congreso americano, tuvo una crisis en sus creencias del protestantismo episcopaliano, la que culminó pidiendo ser instruída en la fe católica por el Padre Sheen, y luego recibiendo las aguas del bautismo.

La otra es nada menos que la conocida artista de cine Norma Shearer. Según noticias de Hollywood ha sido recibida en la Iglesia católica; viuda de su primer marido, Mr. Irving Thalberg, contrajo matrimonio en la Iglesia del Buen Pastor de Vevery Hias con el profesor de esquí Marty Arrouge.

El catolicismo en Hollywood

La mención que acabamos de hacer de una artista de cine, nos sugiere la idea de dar un repaso a las huestes católicas entre las figuras destacadas de la meca del cinema.

Con ella serán un total de veintitrés los artistas principales que militan en nuestra fe. Entre ellos citaremos los siguientes: Bing Crosby, Irene Dunne, Loretta Young, Don Ameche, Frank Sinatra, Ruth Halsey, Knud Costello, Charles Boyer, Margaret O'Brien, Maureen O'Hara, Lloyd Nolan, Maureen O'Sullivan, James Glason, César Romero, Jeanne Crain, Dick Haymes, Joan Leslie, etc. y pronto habrá uno más, pues el famoso William Bendix, recibirá en breve el bautismo, en cuanto termine su preparación doctrinal.

Maureen O'Brien, la pequeña artista católica, tiene como dicha suprema el poseer un rosario bendecido por el Santo Padre. Loretta Young, de quien se dice posee un trozo de "Lignum Crucis", celebró el otro día en la Iglesia del Buen Pastor, de Beverly Hills, el bautizo de su segundo hijo, Pedro.

Aparte los artistas son muchos millares los católicos entre el personal de directores, técnicos, guionistas y demás habitantes de Hollywood.

El Padre Peyton, de origen irlandés, ha emprendido actualmente una intensa campaña, incluso por medio de emisiones radiadas, para el rezo del Rosario en familia. Los nombres antes citados corresponden precisamente a aquellos artistas que se han sumado a esta labor de propaganda y ejemplo.

Nuevo Embajador español en la Santa Sede

Nuestra nación designó en fecha reciente un nuevo representante cerca del Sumo Pontífice. Con el ceremonial acostumbrado, Don Pablo de Churrua y Dotres, Marqués de Aisina, presentó sus cartas credenciales a Su Santidad, quien con tal motivo pronunció cálidas palabras de elogio y bendición para nuestra Patria.

Los soviets hicieron cuanto pudieron por dificultar el viaje de los Cardenales en los territorios por ellos dominados

No es de extrañar la cosa, mas eso, no obstante, no queremos silenciarla, pues ante la insistente campaña de ciertos sectores que pretenden presentarnos una progresiva evolución de la política rusa en orden a la religión, en el sentido

A LA LUZ DEL VATICANO

de una mayor tolerancia, bueno será demostrar que tal cosa no existe.

Así el Cardenal Obispo de Berlín, que tiene parte de su diócesis en zona rusa, precisaba de la autorización soviética para salir; no quisieron denegarla abiertamente por cuanto también reside en zona americana, pero le hicieron guardar cola por espacio de cinco horas, en pie como otro ciudadano cualquiera, y al fin le dejaron partir pero sin facilitarle medio alguno de locomoción. Un general de otras fuerzas de ocupación le llevó en avión, sino posiblemente aún no habría podido partir a pesar de su nominal autorización.

El caso del Cardenal Arzobispo de Budapest, es sobradamente conocido; Monseñor Mindsenty tenía solicitado desde el 14 de enero la autorización para salir; sistemáticamente le fué negada sin razón alguna por espacio de más de un mes; ya efectuada la primera reunión del Consistorio y sin duda gracias a las activas gestiones del General norteamericano Key, que luego le llevó en su avión, pudo salir de su patria.

En cuanto a los Prelados polacos su suerte no fué mejor ni mucho menos; con mil dificultades y penalidades consiguieron el permiso para salir; pero ello con la condición de que ¡luego no han de volver!

Irlanda nombra Embajador cerca de la Santa Sede

El primer Embajador que como Estado Libre ha sido designado por el Eire, ha sido Mr. J. P. Walshe, para re-

presentar a su país en el Vaticano. Hasta ahora desempeñaba el cargo de Secretario del Departamento de Asuntos Exteriores. Anteriormente dicho país tenía una representación en el Vaticano, a cargo del Dr. T. J. Kiernan, que cesa en sus funciones, y elevando al rango de Embajada la misma, pasa a desempeñarla por primera vez el nuevo designado.

Fallece el Patriarca ecuménico de la Iglesia ortodoxa

Hace unos días ha dejado de existir en Estambul una de las cabezas más destacadas de la Iglesia Ortodoxa disidente. Se trata del Patriarca Benjamín I, que regía la mayor parte de las comunidades ortodoxas de Turquía, Grecia, Rumania, Siria y Bulgaria.

Con arreglo a la antigua costumbre el cadáver fué sentado en el trono patriarcal en la iglesia de Fener, ostentando ricas vestiduras, corona y cetro, a fin de ser venerado por sus fieles y besar la mano por última vez.

Nuevas manifestaciones de la furia anticatólica en Yugoslavia

Por orden del Gobierno de Tito (el antiguo guerrillero de las tristemente célebres Brigadas internacionales) han sido declarados "criminales de guerra", con todos los efectos y consecuencias inherentes, el Arzobispo de Sarajevo, Monseñor Ivan Sarich, y 155 sacerdotes católicos.

NOTA BIBLIOGRAFICA

HISTORIA DEL PONTIFICADO. VIDAS DE LOS PONTÍFICES ROMANOS, DESDE SAN PEDRO, PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES, HASTA SU SANTIDAD PÍO PAPA XII, GLORIOSAMENTE REINANTE, por Manuel Aragonés Virgili. Edit. Rafael Casulleras.

La mejor crítica que puede hacerse de una historia del Pontificado, es, tal vez, las palabras de Donoso Cortés, que encabezan la obra que vamos a reseñar: "La historia de Europa es la historia de la civilización; la historia de la civilización es la historia del Cristianismo; la historia del Cristianismo es la historia de la Iglesia Católica; la historia de la Iglesia Romana es la historia del Pontificado; la historia del Pontificado, con todos sus resplandores y maravillas, es la historia de aquellos hombres enviados por Dios para resolver en su día y en su hora los grandes problemas religiosos y sociales, en provecho de la humanidad y en el sentido de sus designios y de su Providencia".

No será un tópico banal repetir una vez más la estereotipada frase de que la "HISTORIA DEL PONTIFICADO" viene a llenar un hondo vacío en nuestra literatura. Pues, dejando aparte el brevísimo "Vademecum del Pontificado Romano" no existe en España ninguna obra, original ni traducida, que ofrezca una historia completa de los Sumos Pontífices hasta nuestra época, precisamente cuando más preciso y necesario es que las personas de cultura media y superior puedan documentarse en este interesantísimo asunto para fortalecer su fe y poder defenderla contra las asechanzas del error que con tanta frecuencia bucea y trastorna los asuntos históricos para encontrar argumentos favorables a sus teorías.

Pero una exposición seguida y más o menos aburrida de

biografías de Pontífices tendría un grave peligro: el de hacer que el lector a lo largo de la misma perdiera la perspectiva de la historia y que no supiera situar a los Papas en el ambiente en que desarrollaron su actuación. Es evidente que cosas que parecerían incomprensibles en Pío XII no lo son en Inocencio III.

Es por esto y, es indudablemente un gran acierto, por lo que el Autor ha hecho preceder la biografía del Papa que encabezaba cada siglo de un breve resumen, muy meditado, de historia religioso-política en que señala las características y los hechos principales de orden político y religioso que enmarcan la época. Tal vez se encuentran en estos resúmenes uno de los puntos más interesantes de toda la obra. También se leen con especial interés las biografías de Gregorio VII y de Inocencio III y todo lo referente al siglo X, el llamado siglo de hierro entre los antiguos y las de Pío IX, Pío X y Pío XI entre los modernos.

En los tres tomos de la obra se revela la magnífica cultura del autor que ha recogido y seleccionado una inmensa cantidad de datos de gran interés.

También constituyen una grata sorpresa unos capítulos al final de la obra en que se trata de algunas cuestiones especialmente interesantes y difíciles de encuadrar en el texto: la papisa Juana, el Pacto de Letrán, etc., y, especialmente, una breve reseña de los Concilios Ecuménicos.

La edición hecha por la Editorial Rafael Casulleras es digna en todos los aspectos de la importancia de la obra. Especialmente los dibujos a la pluma que la ilustran.

Al autor y editor nuestra más sincera enhorabuena y nuestros deseos de que Dios bendiga su esfuerzo y se difunda su obra por toda España.

D. S. F.

CON CENSURA ECLESIASTICA

V I D A

REVISTA DE ORIENTACION

Publicada por "BUENA PRENSA"

APARTADO, 2.181
MEXICO D. F.

Cuevas de
Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

EN PRENSA:

LA VUELTA A LOS ALTARES

POR LUIS GREUS VIDAL

**TENGA PRESENTE ESTE TITULO
NO OLVIDE ESTA PUBLICACION**

CRITERIO

REVISTA SEMANAL ARGENTINA

Director:

MONS. GUSTAVO J. FRANCESCHI

Alsina, núm. 840

BUENOS AIRES